

Editorial **ALFA**

EL HOMBRE DEL NIGER

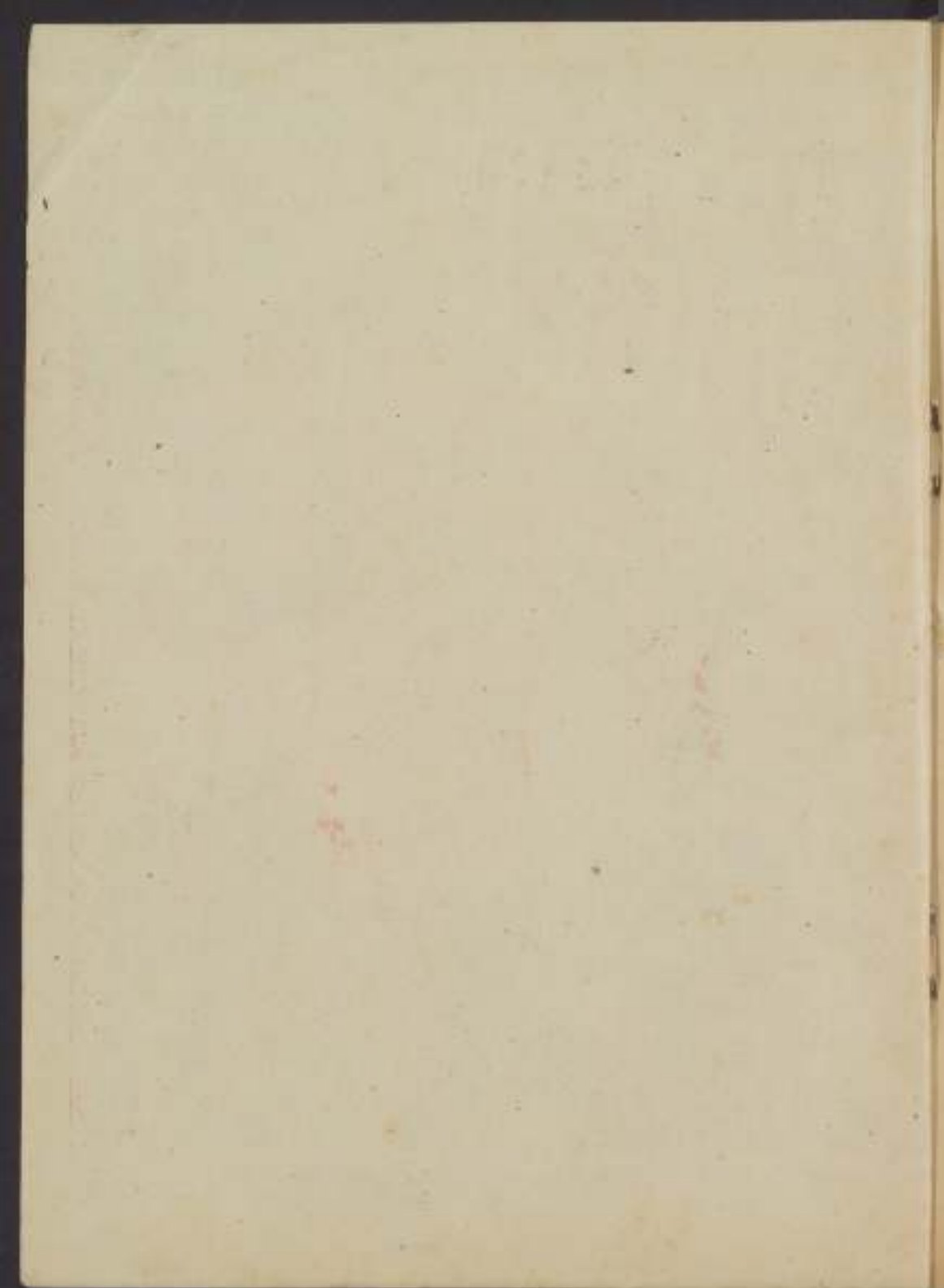
VICTOR *Francen*

HARRY *Baur*

ANNIE *Ducaux*



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS --- Serie ★ Alfa





EL HOMBRE
DEL NIGER

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 79657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correo 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbuz, 14, Barcelona-Termin, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 48

NUM. 310

EL HOMBRE DEL NIGER

TODAS las obras que tienen por fondo el continente africano atraen al lector en forma que podríamos llamar irresistible, sugestionándole de tal manera que, en el caso de EL HOMBRE DEL NIGER, la atracción es tanta que se identifica con el protagonista, cuyo destino le obliga a abandonar la mujer adorada, y sufre, como ella, las horas angustiosas, en que no puede hallarse una explicación ante la misteriosa ausencia del prometido.

UNA EXCLUSIVA
IMPERIAL FILM

Delegaciones en

Madrid - Barcelona - Bilbao - Valencia - Sevilla - Málaga
Murcia - La Coruña - Palma de Mallorca - Llérida

INTERPRETES PRINCIPALES

<i>Mayor Bourdais (médico).</i>	Harry Baur
<i>Pietro Breval</i>	Victor Francen
<i>Danielle</i>	Annie Ducaux

Dirigida por
Jacques de Baroncelli

Narración literaria de
MARCO S ESTRADA

EL HOMBRE DEL NIGER

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LOS TRES AMIGOS

QUE especie de atractivo ejerce el continente africano sobre los que llegan a conocerlo bien, que jamás pueden olvidarlo?

Las ardientes arenas del desierto, el fuego de un sol que, según bien dice un famoso autor francés, «convierte la ortiga en cactus y la lagartija en cocodrilo» obran también sobre el ánimo del hombre, impulsándolo a emprender las más gigantescas obras, con la misma sencillez que si se tratara de un asunto sin trascendencia alguna.

Esta es la impresión que produce la personalidad del comandante Breval, jefe de un destacamento de militares exploradores en el Sudán, dedicado también a los altos estudios de ingeniería que intentan la

canalización del río Niger, obra de titanes, que de llegar a realizarse sería la riqueza de todo aquel territorio y contribuiría a la civilización de miles de seres que, a pesar de los esfuerzos de los colonizadores, viven en plena ignorancia y sin la más remota idea del papel importante que la higiene tiene sobre el cuerpo humano.

En un poblado donde todos los habitantes son negros y éstos hablan un dialecto que nadie comprende, se levanta el «bungalow», casa de planta baja solamente, donde residen los tres principales jefes del destacamento, que tienen la gran suerte de ser, además de hermanos de arma, tres grandes amigos, tres enamorados del Africa, que desempeñan sus cargos con el

celo de todo buen militar y con el cariño que se pone al trabajo que se realiza a gusto.

Breval es el comandante jefe de la colonia exploradora, hombre de aspecto simpático, cuya barba delata al científico, demasiado absorto en sus estudios para preocuparse de su aspecto personal. Los años van dejando unos hilos de plata en sus cabellos; no obstante, la agilidad de Breval revela que dentro del corazón del gran explorador no ha muerto la juventud y sus ojos embelesados ante la inmensidad del mar de arena, brillan con la esperanza de que algún día vendrá a encontrarle alguien que con él querrá compartir el amor que siente por África.

Excelente compañero de Breval es el comandante Bourdais, médico de la colonia, hombre cincuentón, militarote, cuya experiencia hace que nada le pille de sorpresa y cuyo talento como médico le ha valido, no sólo la confianza de sus superiores, si que también el afecto de los indígenas que ven en el panzudo doctor a su salvador y mejor amigo.

El joven teniente Paron es el último que ha llegado a la colonia, destinado al Sudán a petición suya por haber sido alumno del comandante Breval, y tanto cariño y admiración sintió por él durante los

años de estudio que en cuanto le fué posible pidió un destino junto a su maestro, porque anhelaba poder trabajar con él para llegar a ser un gran explorador también; pero la vida es dura para un hombre joven como Paron en una colonia como la que administraba el comandante Breval y las incomodidades a que estaban sujetos aquellos oficiales y la compañía constante de los indígenas hacían que el joven teniente sintiera la añoranza de la patria. El clima también era en parte un enemigo y la sed le atormentaba constantemente. En sus paseos a caballo con el comandante médico, que éste aguantaba magníficamente, era frecuente oír los lamentos de Paron porque no había dónde ir a saciar la sed.

—Mi comandante—decía Paron.

—¿Qué le pasa a mi teniente?

—Estaba pensando que tal vez en su botiquín tendrá usted un poco de whisky...

—En el botiquín precisamente no tengo, pero podemos encontrarlo en Bamako o Tombuctu, total están a cuatrocientos kilómetros de aquí.

El médico soltaba la carcajada cuando había dicho esta gracia y miraba la cara compungida de su acompañante.

—¿Tiene usted sed? ¡Qué juventud! No debía haber venido por

aquí. Los bares de París vienen a su imaginación y sufre lo indecible. Lo ve en su semblante, amigo Paron. En cambio aquí, ya ve usted, todo es sequedad, miseria, epidemias. ¡Qué país!

—Por favor, mi comandante, no exagera usted el cuadro.

—¡Exagerar! Tenga usted en cuenta que hace dos años que no hemos visto una gota de lluvia. ¡Es espantoso!

—¿Está usted cansado de esta vida?

El comandante médico estuvo unos instantes sin contestar. Miró a su interlocutor, el cual parecía haberse distraído del whisky, y contestó:

—Empiezo a creer que estoy un poco cansado.

—Pues yo creo que usted no sabría vivir en otro sitio, mi comandante.

—Usted lo ha acertado... Y es natural, llevo tantos años entre esta pobre gente.

—Es el bien que usted prodiga entre ellos lo que más le ata al Suddán.

—¡Quiere usted callar, hombre! ¡Apenas si cumplo con mi deber!

El simpático comandante quiso desviar la conversación, que ya era demasiado personal y observando a un pobre negro que estaba sentado

junto al camino, paró el caballo y dijo:

—Vamos a ver qué le ocurre a éste.

Al ver el negro que el comandante se dirigía a él pronunció unas palabras en un dialecto extraño para Paron y que no obstante fueron comprendidas por Bourdais.

Entre el médico y el negro medió una corta conversación y el primero volviéndose hacia Paron explicó:

—Estaba esperando el paso del comandante, siempre el comandante, para pedirle alguna cosa. Ahora daré orden para que le entreguen una botella de leche. Muchacho —continuó Bourdais dirigiéndose al asistente que les seguía a caballo—, cuando lleguemos al puesto lleva un par de botellas a la choza de Tani; no lo olvides.

En dialecto, comunicó la misma información al negro, quien se retiró del camino haciendo mil reverencias.

Los jinetes siguieron avanzando por el desierto, pero se adivinaba que no estaban muy lejos del poblado, por cuanto a menudo encontraban gente que les saludaba con mucho respeto. Al poco rato se divisó un grupo bastante numeroso de negros y se oyeron claramente las notas monótonas de unos panderos.

—¿Qué estarán haciendo aquí?
—preguntó Paron.

—Fijese en los pobres idiotas. Gritan y degüellan a sus pollos para implorar de sus dioses que les manden lluvia.

Tal como había dicho Bourdais, se veía a un negro bastante entrado en años, ocupadísimo despanzurrando pollos, mientras los jóvenes bailaban las más estrafalarias danzas a su alrededor y proferían gritos desgarradores.

—¡Cómo bailan!—exclamó Paron—. Y parece que a sus ídolos no gustan de estas danzas.

—Ni los pollos; de lo contrario ya hubiese empezado a llover.

Además de los que tomaban parte en lo que podríamos llamar ceremonia o espectáculo, había un crecido número de curiosos observando la fiesta con aire bastante compungido, pues aunque ignorantes, comprendían perfectamente lo que para ellos significaba la falta de lluvia, que no era cosa de tomar a broma.

—Me parece que allí hay un leproso—dijo Paron, mirando a un negro que estaba entre la demás gente.

—¿Qué vendrá a hacer aquí este desgraciado?—dijo Bourdais.

—Es un peligro que enfermos de

esta clase anden sueltos entre la población sana.

—Piense que en Bamako hay una clínica magnífica, donde se les hospitaliza, se les nutre, se les alivia mucho y a veces se les devuelve la salud por completo, y ellos prefieren escaparse para venir entre los suyos exponiéndose a contaminar toda la población.

—Esto debería ser objeto de más vigilancia.

El comandante Bourdais se dirigió al leproso en su dialecto, preguntándole qué es lo que hacía allí. El enfermo dió una larga explicación acompañada de mucho movimiento de manos y cabeza.

—¿Y te curas con sangre de avestruz blanco?

—Sí, señor médico.

—Pues a ver si consigues curarte muy pronto. Adiós.

Bourdais meneó la cabeza pensativamente sin decir nada.

—Debe ser muy difícil una lucha semejante con tanta ignorancia—dijo Paron.

—No tiene usted idea, mi joven amigo. Cuando en París he hablado con mis colegas y se me han lamentado de la ignorancia y testarudez de sus clientes, no he podido menos que referirles a mi clientela negra del Sudán, a la que es imposible

hacer comprender lo que es contagio.

Los dos oficiales habían ido observando a todos los que estaban por allí, cuando apareció el comandante jefe Breval acompañado de otros oficiales. Fué recibido con entusiasmo por la población negra y tuvo para su jefe unas palabras de aliento para que siguiera invocando la lluvia a los dioses. Luego se dirigió a todos los presentes en general, diciéndoles que tuvieran esperanza, que las lluvias no se harían esperar. Breval, Bourdais y Paron, además de su séquito, fueron despedidos con una ovación y pocos instantes después llegaron al *kbunglawa*, su residencia.

Breval se dejó caer en una butaca con aire fatigado.

—¿Estás muy cansado?—preguntó Bourdais.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, nada de importancia. Hace poco has pronunciado unas palabras que me han dado mucho que pensar. Les has dicho a los negros que tienen que vivir. ¡Vivir! ¿Acaso esto es vida?

—¿Y eres tú, Bourdais, quien dice esto? ¿Tú que hace veinte años que te dedicas a curarlos y que todos tus esfuerzos van dirigidos al mismo fin, a curar los leprosos?...

—Es verdad, procuro salvarlos y

a veces me pregunto: ¿para qué, siendo esta tierra tan ingrata y cruel?

La mirada de Breval se iluminó e incorporándose dijo:

—¿Y si consiguiéramos también darle vida a la tierra?

—¡Imposible! ¿Cómo?

—¿Qué es lo que te hace falta a esta tierra? Agua... un poco de agua que la fertilice.

—¡Agua! ¡Agua! No dice nada. ¿Por qué no invocar también a los ídolos y le ofrece algún pollo asado en sacrificio? ¡Vamos, Breval!...

—No lo tome a broma, Bourdais. Tengo un proyecto grandioso. Ya le he hablado de ello alguna vez.

—Sí, hombre, sí, el Níger bienhechor, los diques artificiales, las inundaciones periódicas. Si casi me tiene convencido, basta que lo diga usted.

Paron, que también formaba parte de la tertulia, se entusiasmó con sólo ver cómo se había iluminado la cara de su maestro.

—Mi comandante, sería algo magnífico—exclamó.

—Ya lo creo—cortó irónicamente Bourdais—. Si ese sueño pudiese convertirse en realidad, sería magnífico, no lo dude; pero...

Bourdais se paseaba por la estancia y se paró ante una mesa donde

habla la mitad de un jarrón de tierra cocida.

—¿Otro hallazgo arqueológico?

—La colección aumenta — dijo Paron.

—Si—repuso Bourdais—. Todas estas ánforas, estas orzas, estos pocillos, servirán al menos para demostrar que antiguamente habían conocido el agua.

Breval ya no escuchaba a su buen amigo, pues le apuraba la paciencia la ironía que empleaba en cuestión tan importante como eran las exploraciones que se estaban llevando a cabo. Bourdais no por esto callaba. Al contrario, continuaba con sus chanzas y burlas, lo que no dejaba de divertir al joven teniente, no tan entregado a la ciencia como su maestro.

—Cuatro siglos de civilización —decía Bourdais—. ¿y qué encontrarán de nosotros algún día? Una pipa vieja del comandante y la máquina de afeitar del teniente. ¡Estraña mezcla!

Paron no pudo menos que echarse a reír, risa que se contagió a Breval y todos a la vez rieron las ocurrencias del médico.

Breval cogió un tomo de sobre la mesa y empezó a leer.

—¿Ha hecho algún nuevo descubrimiento, mi comandante? — preguntó Paron.

—Precisamente ahora lo estoy haciendo. En este libro hay datos preciosos que confirman lo que siempre he creído. En mi opinión, el Níger puede fertilizar el Sudán, de la misma manera que el Nilo fertiliza Egipto.

—¿Otra vez lo mismo? — dijo Bourdais.

—En suma, ¿qué es lo que aquí hace falta?—interrogó Breval.

—Agua, agua. Título de una disertación hidráulica—dijo Bourdais.

Entró un ordenanza que habló unas palabras con Breval al tiempo que le entregaba un pliego. El comandante leyó el escrito y lo pasó a Bourdais. Ambos sonrieron y miraron a Paron.

—El inconveniente de ser joven, teniente Paron—dijo Breval—. Lea usted este comunicado.

El teniente cogió el papel que le tendió Bourdais y se enteró de su contenido. Cuando lo hubo leído, dijo:

—Mi comandante, ¿se me designa para ir mañana a recibir a un señor llamado Francisco Mourrier?

—Diplomático, ex ministro, historiador—dijo Breval.

—Y académico supernumerario —agregó Bourdais en tono burlón.

—¿Le molesta el encargo, Paron?

—Si he de decir la verdad, no me entusiasma demasiado.

—¿Conoce usted a Francisco Mourrier?

—No, no, pero me lo imagino. Un explorador de ciudad que enseñará nuestro oficio y nos abrirá con sus consejos.

—Créame, amigo Paron: Francisco Mourrier no es solamente un historiador muy estimado...

—¿Estimado? ¿De quién?—interrumpió Bourdais que había estado escuchando pacientemente el panegirico que Breval hacía del hombre de ciencia que en breve les visitaría.

El comandante no hizo ningún caso de la interrupción y continuó:

—...sino que es también un excelente colonizador.

—Incluso lleva salakoff—interrumpió de nuevo el médico riendo su ecurriencia.

—Oiga, Bourdais, cuando haya terminado diga todas las gracias que

se le ocurran, pero ahora déjeme hablar.

—Debe agradecerme la información que añado a su relato. Lo del salakoff le había pasado por alto y no deja de ser un dato interesante para el teniente Paron.

—En París goza de extraordinaria influencia—dijo Breval.

—No lo dudo—contestó Paron—, pero no deja de ser un explorador civil y francamente...

—Es usted muy intransigente con su manía de los grados y del escalafón.

—La juventud es así—dijo Bourdais.

—Sin embargo, a usted le corresponde el honor de salir a recibir dignamente a nuestro huésped.

—Está muy bien; mañana saldré a su encuentro.

—Y no critique demasiado su indumento de explorador civil—aconsejó Bourdais.

EL EXPLORADOR MOURRIER

LO que Breval calificaba de honor, o sea salir a recibir al explorador Mourrier, al teniente Paron le sentó como un castigo, ya que tuvo que abandonar la residencia a las primeras horas de la madrugada para recorrer en coche unos centenares de kilómetros hasta el poblado más próximo, donde, según las noticias que había recibido el comandante Breval, llegaría el explorador antes de ponerse el sol. Durante el camino estuvo maldiciendo su suerte; pero como que la ruta era larga, los caminos malos, que no permitían correr, y el calor abrasador, el teniente tuvo la fortuna de dormir buena parte del trayecto. No fué un sueño reparador el del oficial, ya que tuvo extrañas

pesadillas y cuando el chofer le avisó que ya habían llegado a su destino, el mal humor no había desaparecido todavía.

Paron se apeó ante el puesto militar donde forzosamente también haría alto el coche que condujera al explorador y después de haber saludado al jefe, se dispuso a esperar con paciencia.

Poco tardó en vislumbrarse un magnífico automóvil sobre el camino que instantes después paraba junto al coche que había conducido a Paron.

Del primero se apeó un señor que contaría algo más de media centuria y cuyo equipo como explorador civil y africanista, nada tenía que desear. El aspecto del forastero era agradable y los recelos del teniente

se dispararon al verle. Adelantó hacia él y cuadrándose le alargó la mano, al tiempo que se presentaba a sí mismo:

—Teniente Paron.

—Francisco Mourrier. Encantado, mi teniente...

—Se me ha confiado el honor de salir a recibirle. Le ruego que perdone un recibimiento poco digno de usted. En una colonia como ésta hay tantas dificultades...

—Oh, no se preocupe. Conozco el África, la vida del colonizador.

—Es más tarde de lo que uno desearía y no tenemos tiempo para llegar a nuestro poblado. Tendremos que pasar la noche en este campamento, que en realidad no parece muy acogedor, pero estamos en el Sudán.

—No se preocupe, mi querido teniente; estoy acostumbrado a esto, mejor dicho, estamos acostumbrados. Daniela...

Un gran toldo blanco cubría el coche y no permitía ver quién iba dentro, por lo que Paron cuando vió que solamente se apeaba el explorador, nunca pudo imaginar que dentro del vehículo, aparte del chófer, quedase otro ocupante y que éste fuese una hermosa muchacha. A la llamada de Mourrier se abrió la portezuela y una jovencita rubia, alta, vestida con pantalón de fran-

la blanca, un jersey y salakoff, puso pie a tierra acercándose sonriente al grupo que formaba su padre y el oficial. Este, con sólo mirar a la joven, dió por bien empleado el viaje y pronunció «in mentis» y en dirección inversa, todas las maldiciones que había echado a la expedición.

—Te presento al teniente Paron que nos servirá de guía y nos ofrece hospitalidad. Mi hija, que es además mi secretaria y que me acompaña en todos mis viajes de estudio.

—Siento que se haya usted molestado para salir a nuestro encuentro—dijo la joven mientras estrechaba la mano del oficial.

—Ha sido un verdadero placer para mí, señorita. Tendrán ustedes una sed terrible. En previsión de esto he mandado preparar unos refrescos. Hagan el favor; por aquí.

El teniente señaló el camino y penetraron en la mejor tienda de campaña de aquel campamento, donde un criado negro estaba preparado para servir a los visitantes.

La hija del explorador se quitó el salakoff, que dejó sobre un diván y miraba con curiosidad todo lo que había en aquella improvisada sala de recibimiento.

—¿Qué le parece a usted, señorita? Es todavía más modesto de lo que ustedes se imaginarían,

—¿Quiere usted callar, mi teniente? Esto es magnífico—dijo el explorador.

—Tan modesto como usted quiere—agregó Daniela—, pero se está mucho mejor que sobre la arena del desierto. ¿Hace mucho tiempo que reside usted en el Sudán, teniente Paron?

—Soy un novicio, señorita; estoy empezando la carrera.

—¿Y a qué obedece que haya usted venido aquí?—preguntó Mourrier.

—¿Pidió usted el destino?—insistió Daniela sin dar tiempo a que Paron contestara a su padre.

—No. Mi jefe, el comandante Breval, fué destinado aquí y yo quise ir donde él fuera. Ha sido y es mi maestro.

—¿Breval?... Algún nos ha hablado de él, papá; ¿recuerdas tú quién?

—Han sido muchos, hija mía: en París, en Dakar. Tiene ya su leyenda.

—Y crean que se la merece: es un hombre excepcional, un gran talento—dijo Paron entusiasmado.

—¿De veras?—insistió el explorador.

—Ya le conocerá, señor Mourrier, y usted también, señorita. Entonces verán que no se exagera cuando se habla de mi comandante.

El entusiasmo con que Paron hablaba de su jefe llamó la atención de sus visitantes y se despertó en ambos un gran deseo por conocerle. La conversación de los recién llegados varió sobre mil temas. El teniente preguntó por sus amigos de Francia y el explorador procuró sacar tanta información como pudo sobre el Sudán. En amable charla pasó el rato distraídamente y al retirarse a descansar quedaron en salir muy de mañana para ahorrar tanto calor como fuese posible.

Aunque explorador civil, el señor Mourrier demostró saber lo que era puntualidad en la vida militar y tanto él como su hija estuvieron dispuestos a partir a la hora convenida. El teniente Paron tomó asiento en el coche de los Mourrier, mientras en el que había él venido regresaban unos soldados que les abrían la marcha. Antes de ponerse en camino desfilaron ante los forasteros los alumnos de la escuela de Segú, futuro ejército negro, que con alegres cantos marcaban el paso militar.

Los dos coches se pusieron en marcha y el teniente Paron, que cuando había hecho el viaje un día antes, le había parecido una ruta interminable, se encontró ante su «bungalow» sin apenas darse cuenta. ¿Cuán distinto es hacer un recorrido de varios centenares de kiló-

metros acompañado de un soldado-chofer a efectuarlo en compañía de un inteligente explorador, padre de una hermosa muchacha, tan lista como él.

El comandante Breval y el médico Bourdais esperaban la llegada de los forasteros a la puerta de su residencia y además estaba formada una compañía de soldados negros para rendir homenaje al ilustre visitante.

—Comandante Breval, señor Mourriel, a sus órdenes.

—Señor comandante, un modesto explorador civil.

—El comandante médico Bourdais.

—Doctor, permítame que le presente a mi hija Daniela.

Siguieron los saludos y apretones de manos y Breval, abriendo paso, les rogó que penetraran en la residencia. El «bungalow» que ocupaban los tres militares exploradores era magnífico comparado con la tienda donde habían pernoctado Daniela y su padre, por lo que no fué de extrañar que quedaran agradablemente sorprendidos.

Un indígena sirvió refrescos inmediatamente, en unos vasos tan grandes que Daniela no pudo menos que exclamar:

—¡Ah, sí! En el desierto estos vasos son indispensables.

—En el ejército también acos-

tumbramos a usar vasos de gran tamaño.

Breval y el señor Mourrier pronto se enfrascaron en una animada conversación sobre el Sudán y Daniela empezó a recorrer la habitación, mirando detenidamente las mil curiosidades que contenía. Bourdais se puso a su lado e iba explicándole todo lo que ella no comprendía. De repente, ella dijo:

—El comandante Breval es más joven de lo que yo creía.

—En realidad, el comandante es un hombre joven.

El teniente Paron estaba allí cerca y Bourdais, que siempre estaba dispuesto a gastar una broma, dijo en voz baja al joven oficial:

—Un punto a favor del adversario.

—Si es así—repuso Paron también muy bajito para que no le oyera Daniela—, yo tengo muchos puntos a mi favor, porque en cuanto a juventud...

—Sí; pero a las mujeres no hay quién las entienda.

—Tienen ustedes cosas interesantísimas en este cuartel.

—¡Oh, señorita! Esto no es un cuartel, es la residencia de oficiales y como los tres que la habitamos gustamos de lo bello, procuramos que nuestra vivienda sea lo más

agradable posible, a pesar de estar en el Sudán.

—Hoy veo esta casa completamente cambiada—dijo Paron.

—¿A qué lo atribuye usted?

—A su presencia, señorita Mourrier — contestó galantemente Paron.

—No creía que los exploradores hablaran así.

—Somos exploradores por fuera, pero dentro nuestro, también late un corazón.

La conversación se hacía demasiado personal y Daniela muy discretamente fué acercándose adonde estaban su padre y el comandante hablando animadamente y se formó tertulia general.

—Sí, señor ministro—decía Breval—; hemos descubierto en las riberas del Níger los vestigios de una civilización relativamente adelantada y las ruinas de una importante ciudad llamada Gahna.

—¿Existió hace muchos años?—preguntó Daniela.

—Unos diez siglos — contestó Bourdais.

—¡Es fantástico!

—Sí; varias dinastías reinaron sobre esta tierra populosa y fértil —agregó el comandante.

—Pues yo no he visto más que tierra árida y seca—explicó Daniela a todos.

—¿Y cuál fué el accidente geológico, o sea el cataclismo que transformó de tal modo este país? Confieso que nunca había oído hablar de ello—dijo el señor Mourrier.

—Como que jamás se ha producido tal accidente—dijo Breval.

—Oigamos, pues, su teoría, comandante. Me parece que empiezo a adivinar.

—Me propongo devolver la prosperidad al Sudán por medio de las aguas de su río. Ahora bien; ¿cómo podremos conseguirlo? He aquí mi idea: construyendo diques que lo protejan, presas gigantescas que eleven el nivel de las aguas, grandes esclusas que produzcan inundaciones artificiales, y en fin, extensos canales de riego que conduzcan el agua a la llanura.

Daniela había escuchado con mucho interés el relato del comandante y cuando éste terminó, ella fué la primera en hablar.

—¡Pero esto es magnífico!

—¿Y lo cree usted realizable, mi querido comandante?—insinuó Mourrier—. Su proyecto me parece, dispónseme, sobrehumano.

—No lo creo, señor Mourrier. Es perfectamente realizable. Y si usted quiere, mañana por la mañana podré demostrarle el lugar que elegiría para construir la primera presa.

—¿Encantador! ¿Podré ir yo también, comandante?

—No faltaría más, señorita, aunque no sé hasta qué punto pueda interesarle.

—Todo lo que interesa a mi padre me interesa a mí. Hace algunos años que trabajamos juntos. ¿Verdad, papá?

—Ha sido para mí una suerte que mi hija se entusiasmara con mis exploraciones y viajes. Ha facilitado mucho mi trabajo.

La reunión duró hasta bastante tarde y cuando llegó la hora de retirarse, el teniente Paron se encargó de mostrarles las habitaciones que les habían preparado, no faltadas de confort, lo cual hizo las delicias de Daniela.

—Es admirable cómo ustedes, hombres solos, han sabido arreglar una casa con toda clase de comodidades. Incluso cuartos para forasteros.

—Y tenga usted en cuenta, señorita, que solamente esperábamos a su padre. Su presencia nos ha obligado a improvisar.

—Tiene usted toda la razón; debí haber anunciado mi llegada.

—Nos habría privado el placer de la sorpresa.

—Hasta mañana, teniente Paron. ¿Supongo que también nos acompañará?

—Yo tendré que obedecer las órdenes de mi comandante. De todas maneras creo que formaré parte de la expedición.

—Buenas noches, hasta mañana.

—Descanse usted bien, señorita Mourrier. Buenas noches.

No pasó mucho rato en quedar a oscuras el «bungalow» y todo hacía pensar que sus residentes dormían tranquilamente. Solamente en la ventana del comandante Breval se veía luz. Era éste un hombre que parecía no descansar nunca y cuando, como esta noche, creía cercana la realización de sus planes, no podía perder tiempo descansando y era capaz de pasar la noche haciendo nuevos estudios para llegar a la perfección total de su proyecto. ¿Sería alguna otra idea la que mantendría despierto al sabio comandante? Es difícil contestar a esta pregunta.

En la habitación de Daniela no brillaba ninguna luz; pero en sus ojos había un extraño brillo. Tal vez recordaba las galanterías del teniente Paron, aunque habituada a viajar mucho y verse obsequiada en todas partes, no parecía muy probable que la hubiesen impresionado tanto como para mantenerla despierta después de un día de viaje, nada cansado por cierto. Bourdais y el señor Mourrier eran los únicos que ya

habían reconciliado el sueño, pues tampoco dormía el teniente Paron. La causa del insomnio de éste no era ningún secreto. Daniela Mourrier le había robado el corazón en cuanto había posado los ojos sobre ella. El quería engañarse a sí mismo dicién-

dose que no era extraño después de tanto tiempo en el Sudán sin alternar con ninguna mujer blanca, excepción hecha de las hermanitas del hospital donde Bourdais curaba a todos los enfermos, especialmente a los leprosos.

LOS PROYECTOS DEL COMANDANTE BREVAL

A primera hora de la mañana, para aprovechar las menos calurosas, estaban ya dispuestos dos coches que deberían conducir a los oficiales y a sus huéspedes al punto donde el comandante Breval había fijado como sitio donde empezarían las obras, si es que algún día su proyecto se convertía en realidad.

En el primer coche viajaban el comandante y el señor Mourrier y en el segundo, Daniela acompañada del médico Bourdais y el teniente Paron.

—Le aseguro a usted, señorita, que vamos a pedir al Gobierno que dicte una ley obligando a que todos los que nos visiten vengan acompañados de sus hijas—decía Bourdais con su habitual buen humor.

—¿Y los exploradores que no las tengan?—preguntó Daniela.

—Pues que no vengan, ¿verdad, Paron?

—Opino igual que usted, Bourdais. Es el cielo que nos ha mandado este premio por ser buenos chicos.

—Son ustedes unos exagerados. A lo mejor están deseando que nos marchemos.

—Se equivoca, señorita. Lo único que turba mi alegría es la idea de que pronto se marcharán.

—Vamos, teniente, no se ponga usted cursi, que me da risa.

—Usted está deseando regresar a París.

—De momento no tengo ningún interés en quedarme en el Sudán.

—Me lo pensaba, me lo temía.

—Doctor Bourdais, debe vigilar al teniente, es demasiado impresionable.

—No, Daniela, no lo crea. Paron habla en serio.

—No me gusta la seriedad. Bastante seriedad tengo con los estudios de mi padre. Piense usted que todos los planes del comandante Breval serán el tema de su conversación hasta llegar a París.

—Yo la creía interesadísima en todo lo de su padre.

—Sí, muy interesada y es una labor que me gusta; pero también me interesan otras cosas que no son exploraciones.

El automóvil donde iban el comandante Breval y el señor Mourrier se había detenido y sus ocupantes se apearon. Esto fué la señal de que habían llegado a término y los del segundo coche siguieron su ejemplo.

Breval demostró que conocía aquel terreno como su propia casa, pues seguido de los que le acompañaban iba dando explicaciones sobre distintos caracteres del suelo, las aguas y otros elementos relacionados con su proyecto.

—Allí es donde construiría la primera presa—dijo señalando un punto determinado.

—¿La primera?—preguntó Mourrier.

—La primera en cuanto a fecha. Sólo tendría un valor experimental. De todos modos, permitiría regar cuatro mil hectáreas.

—Y tendría la virtud de atraer a sus orillas a todas las tribus de los alrededores—intervino Paron.

—Que no por eso se lavarían con más frecuencia—dijo el oportuno Bourdais.

—Si es mano de obra lo que falta, haremos trabajar a nuestras tropas—continuó explicando Breval—. Por lo demás, una vez hecha la primera demostración, estoy seguro de que hallaré el apoyo necesario para extender el sistema de riego a todo el país...

—Pero es preciso que los poderes públicos constituidos le ayuden, comandante—dijo el señor Bourrier—. En cuanto llegue a París me ocuparé de ello, ya que cada vez estoy más seguro de su éxito.

—Le agradezco muchísimo su interés, señor Mourrier.

Visitaron todos los terrenos donde Breval pensaba construir las presas y como que allí no había nada más que ver, el doctor Bourdais ofreció al señor Mourrier que efectuara una visita al hospital. A tal objeto, los ocupantes de los coches sufrieron una modificación, pues el

señor Mourrier marchó con el comandante médico y el comandante Breval compartió el coche con los dos jóvenes.

Durante todo el viaje, Daniela conversó animadísima con Breval, comentando la importancia de las obras y lo interesante que sería regresar al Sudán cuando éstas ya estuvieran en marcha. El comandante escuchaba muy atento la charla de Daniela y dejaba vagar los ojos por aquel paisaje árido donde tal vez él ya veía fértil gracias a sus esfuerzos y trabajos. ¿Pensaría en algo distinto, tan difícil de llevar a la práctica como la canalización de las aguas del Níger? Sea lo que fuere, era algo que le producía satisfacción y el teniente Paron no recordaba haberlo visto tan satisfecho en su vida a pesar de que llevaba muchos años tratándole.

El comandante médico y su huésped tampoco se aburrieron durante el camino, pues hombre de experiencia como era Bourdais, que había pasado una tercera parte de su vida en el Sudán, tenía infinidad de anécdotas a contar, por lo que su amena conversación no había terminado aún cuando el auto paró ante el establecimiento sanitario de la colonia.

Una compañía de soldados rindió honores al visitante y éste y su

acompañante entraron a visitar los enfermos y las demás dependencias.

Entre los enfermos que esperaban la visita del doctor había una gran cantidad de chiquillos que llamaron la atención del señor Mourrier.

—¿Esos muchachos están enfermos?

—Sí, son leprosos.

—Pero ¿son leprosos de nacimiento?

—Oh, no. A pesar de ciertas teorías, la lepra no es hereditaria.

—¿Ah, no?

—No. Los niños jamás nacen leprosos. Contraen la enfermedad por contagio de sus padres. Esa lepra es incipiente. Esperamos poder curarla, o cuando menos atenuarla sensiblemente. ¿Le interesaría a usted asistir a la visita?

—Naturalmente, doctor. Bourdais, con mucho gusto.

—Si me lo permite, pasaré delante.

—Pase usted, no faltaría más.

El señor Mourrier seguía detrás del comandante médico y éste no dejaba un momento de hablar, iban cruzando pasillos y subiendo escaleras, mientras Bourdais decía:

—También conocerá usted a las hermanas que cuidan a los enfermos.

—Deben ser un compendio de abnegación y heroísmo.

—Y de paciencia.

Penetraron los visitantes en una amplia sala donde no habían más de doce camas y los enfermos estaban sentados esperando a su estimado doctor.

—Ve usted, señor Mourrier—dijo el médico acercándose a la cama de un negro que estaba tranquilamente mirándose los pies—; este caso no es nada grave. Se trata de una simple picadura de escorpión. ¿Qué tal, cómo sigues?

El negro murmuró unas cuantas expresiones raras que hicieron sonreír al médico, que continuó hacia la cama siguiente.

—Este sufre la enfermedad del sueño.

Menos incorporado que los demás enfermos estaba el que había indicado el doctor, que no hizo ningún movimiento ni pareció darse cuenta de la presencia de los dos caballeros.

—No tardará mucho en estar curado. Ha sido uno de los casos menos complicados. Muy a menudo se presentan enfermos de esta clase y hemos adelantado bastante en el tratamiento de esta enfermedad.

Siguieron hasta el final de la hilera de camas y pasaron a una sala contigua cuya primera enferma era una niña de unos doce años.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Mirel-la, señor — contestó la negrita con una voz muy graciosa.

—¿Mirel-la? ¿Quién sabe de dónde ha venido? ¡Ah! Este es nuestro sueño irrealizable. Quisiéramos fundar un pabellón de maternidad, porque las madres, a pesar de sus terribles enfermedades no quieren separarse de sus hijos.

—Esto es muy comprensible.

—Trozamos con muchas dificultades. No tienen idea, allá en Francia, de cómo está todo esto y el trabajo que tenemos los colonizadores para atender a los enfermos.

Sobre una cama enorme estaba un negrito pequeñísimo que esperaba ansiosamente el paso del doctor para saludarle. Desde que le había visto entrar en la sala no cesaba de hacer monerías para no pasar desapercibido, tan diminuto era.

—¡Ah! Mi pequeño. ¿Cómo estás? Di: «buenos días, señor».

Con una vocécita de muñeco el pequeño dijo:

—Buenos días, señor.

—Dilo más fuerte.

El pequeño repitió el saludo con toda la fuerza que le permitieron sus pulmones, pero a pesar de ello su voz sonó a juguete.

—El pobre es muy tímido—dijo el médico—. Esta es una sala de observación. En ella tenemos los casos dudosos.

—Ya comprendo.

—Sí; es una especie de oficina clasificadora, si se me permite el símil.

Pararon ante la cama de un hombre que yacía amodorrado.

—¡Ah! Este ya es un caso declarado. Este hombre tiene calentura. Habrá que ordenar su traslado.

De una sala a otra fueron pasando el doctor y su invitado, observando éste que el médico tenía una palabra cariñosa para cada enfermo. La visita no había terminado aún y se detuvieron ante la cama de un negro gigantón.

—¡Ah! ¿Tú por aquí? —dijo el doctor Bourdais.

—Sí, señor doctor.

—Entonces será que ya no me tienes miedo cuando has regresado.

—No me da miedo el señor doctor.

—¿También será que no piensas recurrir al hechicero?

—Juro que no volveré.

—Muy bien, muy bien.

—Y le juro que cuando vuelva a la aldea le cortaré la cabeza al hechicero.

—No hay para tanto, hombre. Al fin y al cabo es un colega.

Llegaron por fin al despacho del doctor que daba a una galería donde se veía a una monja con un ne-

gro en brazos. Otra hermana entró a saludar al médico y éste aprovechó para presentarla a su huésped.

—Es sor Teonesta.

—Buenos días, hermana—contestó el señor Mourrier.

—El señor Mourrier, ex ministro y escritor ilustre, que ha venido a visitar el país.

—¿Hace tiempo que está usted aquí, hermana?

—Tres años, señor ministro.

—Es bastante tiempo.

—Y lo más curioso es que piensa acabar aquí sus días—agregó el médico.

—Así se lo pido a Dios.

—¡Vamos! ¿Es que Francia no es un buen país, hermana?—dijo Bourdais.

—Entonces, doctor, ¿por qué continúa usted aquí también?

—Para que podamos seguir riñendo, ¿No se ha dado usted cuenta todavía?

—Claro que me he dado cuenta—dijo la hermana sonriendo beatíficamente.

Bourdais había levantado los ojos mirando hacia la galería y allí vio que la hermana con el negrito en brazos estaba besándole para calmar su llanto.

—Sor Angelina, sor Angelina. Vamos, no sea imprudente. Es una gran

virtud ser hermana de la caridad, pero no hay que despreciar el peligro del contagio.

—Lloraba tanto el angelito...

—Pero hay muchas maneras de consolarle. No hay que comérselo a besos. Ve usted, señor Mourrier, cómo las gentes cometen impruden-

cias. Esta hermana ve diariamente casos terribles de leprosos. Ella sabe que este niño está en observación y que seguramente está enfermo, pues a pesar de todo le tiene en brazos, le besa y se expone a contagiarse.

—¡Qué vida de abnegación, doctor Bourdais, le admiro!

DOS HOMBRES ENAMORADOS

COMO que la visita del hospital había de entretener mucho a Bourdais y al ex ministro, el comandante Breval tuvo ocasión aquella mañana para dedicarse de pleno a atender a Daniela, la cual casi siempre había sido acompañada por el teniente y el médico. La magnitud de los proyectos de Breval era tanta y la presencia de Mourrier podía serle tan útil que no era cuestión de despreciar una oportunidad que la casualidad o la suerte le brindaba. Pero a pesar de todo esto, la imagen de Daniela era lo que llevaba impreso en sus ojos, y aun cuando poco había hablado con ella, había tomado sus determinaciones, seguro, por otra parte, de fracasar.

Cuando regresaron al «bungalow»

los toldos acogedores de sus terrazas brindaron un agradable descanso a los fatigados excursionistas. Breval hizo servir refrescos y se dispusieron a aguardar tranquilamente el regreso de los dos ausentes para la comida del mediodía. El teniente Paron marchó al poco rato para cumplir una misión y quedaron solos en la terraza el comandante frente a la gentil Daniela. Hubo un momento de silencio un tanto embarazoso. Ella fué la primera en hablar:

—¿Por qué no ha querido que fuese al hospital con mi padre? ¿Es muy peligroso?

—No lo es si se evita el contacto. Pero es un espectáculo deprimente. ¿Quiere un cigarrillo?

—Sí, gracias.

El comandante encendió el cigarrillo de Daniela, tiró la cerilla y quedó mirando cómo ésta se apagaba.

—¿En qué está usted pensando?

—Pienso en que dentro de quince días ya no estará usted aquí.

Daniela quedó sorprendida, tanto de las palabras como del tono en que las pronunció el comandante. Era evidente que hablaba en serio:

—¿Me añorará usted?

—Temo que sí. Usted ha traído tanta alegría a este casa, tanta luz, que me he acostumbrado a su compañía. La soledad es muy penosa.

—¿También para usted? ¡El anaoreta!...

—Para mí la soledad es tan triste como para cualquier otro. Hay muchos momentos en que la ciencia no me basta.

—Sus palabras me halagan mucho, comandante Brevat. Es más, me hacen feliz, porque estoy segura de que no las diría si no fuesen sinceras. No las olvidaré nunca.

Daniela hablaba con la misma seriedad que había hablado el comandante.

—Ahora lo cree usted así, pero regresará a París y allí vivirá una vida tan distinta, verá usted el Sudán tan lejos...

—A mí no me desagrada esto.

—¿De veras?

—De verdad. Todavía no desecho la idea de regresar algún día y...

—¿Qué?

—...si se siente tan solo...

—No se burle de mí, Daniela, no soy ningún jovenzuelo.

—Si se siente tan solo y me llama vendré.

Brevat miraba a Daniela sin acertar a decir palabra. La miró en los ojos y vio allí tanta sinceridad que le cogió en sus brazos pidiéndole que le concediera el honor de ser su esposa.

Cuando el comandante médico y el señor Mourmer regresaron del hospital fueron recibidos por Daniela y Brevat en el pórtico. La cara de felicidad de ambos no pasó desapercibida a Bourdais; pero fue menester anunciar oficialmente el noviazgo al señor Mourrier, ya que este señor, entre presas de agua y enfermos, ya casi se había olvidado de su hija.

Al teniente Paron, que llegó el último le fue comunicada la noticia por el comandante Brevat y el primero la recibió como un héroe, sonriente y sin olvidarse de felicitarle, aunque la nueva le había herido de muerte.

Por la tarde, cuando estaban solos en el jardín, Bourdais con Paron, éste le dijo:

—Me ha abrazado Brevat cuando

me ha anunciado su noviazgo. ¡Qué torpe he sido! Debí haber hablado antes a Daniéla.

—No lo crea, teniente, no habría conseguido nada. Desde los primeros días me di cuenta de que había nacido una simpatía profunda entre la joven y nuestro amigo. Usted no se dió cuenta porque le sucedía lo mismo.

—¡Oh! Por lo que a ella se refiere, creí que sólo sentía admiración por el hombre de ciencia. En cuanto a él, ¡quién podía sospecharlo! ¡Es tan misterioso!

—¿Misterioso? ¿Misterioso? ¿Es que no tiene derecho a amar como cualquier otro?

—Que se haya enamorado de Daniéla lo encuentro muy natural, pero no debería olvidar que ella es mucho más joven que él.

—¡Ah, hijo mío! Si tuviera usted algunas nociones acerca del amor, sabría que las mujeres no se enamoran nunca de los hombres de su misma edad. Cuando son jóvenes, aman a los hombres maduros y cuando son viejas se enamoran de los chiquillos.

—Las máximas de siempre.

—Sí, máximas. Será mejor que nos sentemos aquí fuera. Dentro hace demasiado calor, ¿verdad?

—Como usted quiera, Bourdais.

En todas partes estoy bastante incómodo.

—Como le estaba diciendo, las máximas son lugares comunes, y como tales, muy útiles para pasar el tiempo.

—No le entiendo.

—Claro. El golpe ha sido fuerte para usted; pero todo pasará.

—¿Lo cree usted sinceramente?

—Claro que sí; no le quepa duda. Le pasará mucho antes de lo que usted se imagina.

—No lo creo.

—Ya lo verá. Sin muchos los lazos que le tienen atado a Breval. Usted le admira, le respeta, le quiere; en fin, la suya es una amistad profunda y lo que ocurre no puede enturbiar un sentimiento tan arraigado.

—Eso es muy fácil de decir, Bourdais.

—Oh. Yo ya me entiendo.

—Pues yo no. ¿Qué proyectos tiene Breval?

—Los de la canalización de las aguas del Níger.

—Por favor, doctor, no estoy para bromas en estos momentos. Usted me ha comprendido.

—De momento, Mourrier, acompañado de la muchacha, naturalmente, regresará a París, donde tratará de interesar al Gobierno en el proyecto del Níger. Y en cuanto a

Breval, solicitará una licencia extraordinaria que aprovechará para casarse.

—¿Y hasta que llegue ese momento?

—Pues mientras tanto, seguiremos viviendo aquí los tres, como hasta ahora. Pasará el tiempo y usted se consolará.

—Ah, Bourdais, estoy seguro de que usted no se ha enamorado nunca.

El doctor levantó la cabeza, miró al teniente e iba a decir algo, pero guardó silencio. No le pasó este detalle desapercibido a Paron y a pesar de estar muy trastornado por lo que le ocurría, calló también, pensando que tal vez veinticinco años atrás le había ocurrido a Bourdais lo mismo que ahora le ocurría a él.

Los días que todavía permanecieron el padre y la hija en el «bungalow» conservaron el mismo tono de franca camaradería que habían iniciado el primer día y hay que hacer justicia al teniente Paron que en ningún momento demostró el pesar que le abrumaba.

Por fin llegó el día de la marcha. Todas las despedidas son tristes. No obstante, Paron estaba deseando que los Mourrier abandonaran el Sudán. La presencia de Daniela como novia del comandante Breval se

le hacía insoportable y temía no poder disimular más.

Los autos ya estaban preparados y la marcha era cuestión de muy poco rato. Daniela salió al jardín para llamar a un criado que fuera a retirar el resto de su equipaje.

—Muchacho, todavía hay una maleta en mi habitación—dijo.

—Anda, ve a buscarla en seguida—dijo Paron a un indígena que se encontraba en el jardín.

—Ya esté todo dispuesto para partir dentro de pocos minutos.

—Debo decirle adiós.

—No; nada de adiós, hasta la vista, porque no tardaré en regresar.

El teniente no había disimulado tan bien como él creía y en éste momento menos que nunca.

—Deme la mano, Paron —dijo Daniela —. ¿Sin ningún resentimiento?

—No; no tengo por qué.

—Es que si yo pensara que por ligereza o por otra causa involuntaria he podido causarle alguna pesadumbre...

—Oh, no, no.

—Supongamos que sí. En este caso no vacilaría en pedirle perdón.

—Es usted muy buena, Daniela.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano en señal de buena amistad y en la terraza aparecieron Breval, el señor Mourrier con su soberbio sa-

lakoff y el doctor. Había llegado el momento de las despedidas. Padre e hija subieron en su coche.

—Adiós, señor ministro — dijo Breval—. Cuente con mi gratitud.

—Por favor, comandante, soy yo quien ha de darle las gracias por su afectuosa acogida. Le aseguro que tendré una gran satisfacción en poder contribuir al triunfo de su empresa.

—Se lo agradezco de corazón.

—Adiós, queridos amigos — dijo el señor Mourrier.

—Adiós, Daniela. No olvides que toda mi felicidad depende de ti.

—No temas, no lo olvidaré.

Se dieron los últimos apretones de manos y el coche se puso en marcha, seguido de otro en que iban unos oficiales que escoltarían a los visitantes hasta el primer puesto militar que se encontraba a varios kilómetros de distancia.

EL INCENDIO EN NONAMBASALA

LOS tres hombres que vivían bajo el mismo techo tenían mucho qué pensar, por lo que hablaban poco y cada uno cumplía con su obligación con más celo que nunca.

Una llamada telefónica procedente del campamento más próximo pidiendo socorro fué captada por el comandante Breval.

—¿El teniente Paron? Oiga, soy el comandante del Cerco. Comuniqué a su comandante que la aldea de Nonambasala está ardiendo. Envíen socorros inmediatamente. El fuego lo está devorando todo. Además, hay varios enfermos en las chozas.

—Salimos inmediatamente hacia la aldea. Soy Breval.

—Oh, muchas gracias, coman-

dante. No dudo que hará cuente esté en su mano para ayudarnos. Muchas gracias, comandante. A sus órdenes.

El comandante Breval dió las oportunas instrucciones e instantes después, guiados por él mismo, salían hacia Nonambasala todo el personal necesario para prestar ayuda. Llegaron allí y vieron cómo ardían todas las chozas, la mayoría de ellas construidas de paja y madera, que se convertían en pavesa rápidamente. No se podía perder un instante. Era indispensable entrar en las chozas para sacar a los pobres enfermos que no habían podido salir por su propio pie y que sus allegados por miedo al fuego no habían vacilado en abandonar.

Breval penetró en una choza don-

de había un viejo leproso horrorizado ante aquel infierno del cual no podía escapar. El comandante le dirigió unas palabras en su dialecto para darle a entender que iba a salvarle. El desventurado leproso, hombre de gran estatura, no podía moverse y cargárselo a cuéstas no era empresa fácil, pero era indispensable salvarle. No se le podía dejar morir allí como un perro. El humo invadía toda la choza haciendo muy difícil la respiración en aquellas condiciones y el techo empezaba a arder. Haciendo un esfuerzo supremo, Breval cogió al leproso, que iba casi desnudo, lo que hacía más dificultoso el llevarlo, y como si fuese un niño gigante, salió con él en brazos al tiempo en que las llamas devoraban aquel misero aposento que minutos antes era el hogar de un desventurado enfermo.

Se lo llevó a un puesto de socorro primeramente y desde allí al hospital, donde aguardaba el doctor Bourdais para prodigar sus cuidados a todos los heridos, que desgraciadamente no eran pocos.

El teniente Paron había sido alcanzado por las llamas y sufrió serias quemaduras y entre los pobladores de Nonambasala corrió un estremecimiento de horror al hacer el recuento de muertos y heridos a causa del incendio. Decir que la

aldea había desaparecido no es exagerar, pues a las pocas horas sólo quedaban varios montones de ceniza donde habían existido las chozas.

Los colonizadores hicieron cuanto estuvo en sus manos para aliviar tanta desgracia, y el doctor Bourdais no descansando de día ni de noche para aliviar los sufrimientos de sus pacientes.

Unos días después, antes de pasar la visita el doctor, preguntó a un enfermero cómo seguía el teniente Paron, pues éste había sido uno de los heridos más graves a causa de las quemaduras y por haberse complicado el caso produciéndose altas calenturas. El doctor estuvo muy preocupado por su estado, si bien lo ocultó a Breval para no alarmarle más de lo necesario. El enfermero informó al doctor sobre la salud del teniente anunciándole que la fiebre ya había desaparecido, lo que Bourdais interpretó como un buen síntoma. Así enterado penetró en la habitación del teniente.

—¿Qué tal se pasó la noche, teniente?

—He sentido un poco de pica-zón.

—Ya lo supongo; pero no se preocupe; dentro de unos días tendrá el escote fino como una señorita.

—Tanto mejor, porque pienso to-

mar parte en un baile con los negros, y casi tendré que salir desnudo para estar a tono con ellos.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Los negros están organizando una gran fiesta, con «tam-tam» y todos los requisitos. He decidido acompañarles.

—¿A quién se agasaja?

—La fiesta se ha organizado en su honor, mi comandante doctor.

—En ¿mi honor?

—Sí; para honrar como se merece su extraordinario valor y su gran abnegación.

—Oh, no. Quien merece este homenaje son ustedes, Breval y usted, que han corrido el riesgo de abrazarse para salvar a un viejo negro.

—Tengo la seguridad de que usted habría hecho lo mismo.

—Ah, sin duda. Pero esto no quita que se hayan hecho ustedes acreedores de la admiración y respeto de todos. Y ahora a la visita. A ver: ¿cómo está ese brazo?

Bourdais cogió el brazo de Paron y empezó a hacer movimiento con él. El teniente empezó a chillar.

—¡Ay, ay! Me duele una barbaridad.

—Cante un poquito, amigo, que esto alivia el dolor.

—¡Ay, ay! Por favor, Bourdais.

Breval penetró en la habitación.

—¡Firme! ¡En su lugar... des-

cariso! Buenos días, Paron. ¿Cómo se encuentra?

—Buenos días, mi comandante. No podía haber llegado con más oportunidad. En el preciso momento de abrir usted la puerta, el doctor empezaba a torturarme. La verdad es que no sé cómo expresarle mi gratitud.

—Nunca me lo hubiese imaginado de usted, Bourdais.

—La verdad es que no sé cómo expresarle mi gratitud—añadió Paron.

—Si vuelve a importunarle, Paron, tendremos que imponerle un correctivo—dijo Breval sonriendo.

—La fiebre ha desaparecido—dijo el doctor—; pero ahora sufre una crisis de agradecimiento.

—Ah, usted ya sabe cuáles son mis sentimientos.

—Sí, sí. Tendré que darle la razón al doctor.

—De todas maneras, comandante Breval, usted fué quien me sacó del asador.

—Y se salvó por un pelo. En cuanto al otro infeliz...

—¿El viejo leproso?—inquirió Breval.

—Sí. Tenía quemaduras muy graves. Yo hice todo lo que pude para salvarle.

—No me sorprende; antes de su-

EL HOMBRE DEL NIGER



Tres grandes amigos, tres
enamorados de Africa.



El comandante médico
Bourdais.



¿Te curas con sangre
de avestruz?



El joven teniente Paron.

EL HOMBRE DEL NIGER



—¿Le molesta el encargo, Paron?



—No crea que los exploradores hablarán así...



Entre los enfermos había gran cantidad de chiquillos.



—Para mí la soledad es tan triste como para cualquier niño.



—Pienso que dentro de
quince días ya no estaré
aquí.

Daniela salió al jardín.



—Debes hablar en plural, estamos aquí los tres.



—Daniela, ¿por qué me habla así?

EL HOMBRE DEL NIGER



—Ah, bribón! Le estaba buscando.

—¿El Targu? Dígame que espere hermana.



—Si creo, viejo hechicero; no he empeorado; pero han pasado tres años.



Los negros se dirigen a la presa con actitud amenazadora.

rir este accidente era ya un caso perdido.

—¡Incurable! ¡Pobre viejo!—exclamó el doctor.

El aspecto de Breval era tan perfecto que nadie hubiese sospechado que pocos días antes había estado salvando a los infelices del fuego, pues no se le veía señal alguna de quemaduras.

—Pero usted, comandante Breval—preguntó Paron—¿no se siente de ninguna herida? ¿De ninguna quemadura?

—No, no me ha quedado ninguna señal. Nuestro amigo me ha dejado como nuevo. Ahora sólo falta que

acabe usted de curarse, teniente, y en cuanto llegue el permiso nos marcharemos.

—Muy bien. Y me dejarán aquí plantado, ingratos.

—¡Es verdad! ¡Pobrecillo!

—Eso es lo que ustedes creen; pero también yo he pedido un permiso.

La noticia fué recibida con risas de alegría por parte de los dos amigos.

—Eso no lo esperábamos—dijo Paron.

—Muy bien—dijo Breval—. Pues a París nos iremos los tres, a París nos iremos los tres.

PARIS

EN un suntuoso palacio del boulevard Saint Germain vive Daniela con su padre, Daniela, a la que conocimos con pantalón de franela blanco y salakoff, la hallamos de nuevo vestida con toda la elegancia de una aristócrata francesa, sentada en un diván de su salón, conversando animadamente con su padre. Ya en el Sudán, la belleza de Daniela no se ocultaba a pesar de su masculino atavío, pero en su hogar parisién aparecía mil veces más hermosa porque estaba en su auténtico ambiente. Era la rosa en el rosal.

El señor Mourrier, que había recibido noticias del viaje de Breval, de su llegada a París y del objeto que allí le llevaba, había organizado una pequeña recepción para presentar al

gran explorador y futuro yerno. Mientras el padre y la hija hablaban se oyó el timbre de la calle y al poco rato entró el mayordomo con un gran ramo de flores.

—¿Quién lo manda? — preguntó el señor Mourrier.

—No lo sé, señor.

Daniela cogió una tarjetita que pendía de las flores y la leyó.

—¡Oh, papá! ¡Qué hermosura, qué amable es! Colóquelas allá, por favor.

El criado hizo lo que se le ordenó y Daniela quedó extasiada mirando el obsequio.

—¿Por qué no ha venido él todavía? ¿Qué hora es, papá?

—No puede tardar, hija mía. Es pronto todavía.

El señor Mourrier se levantó de su butaca y salió del salón.

—¿Adónde vas, papá?

—A ver si todo está a punto. Ven conmigo.

Los dos se dirigieron hacia otro gran salón cuyas puertas estaban cerradas. Mourrier las abrió dejando ver una gran mesa, alrededor de la cual habían varias butacas simétricamente colocadas y encima la mesa una carpeta ante cada asiento.

—Daniela, aquí nos reuniremos para la constitución del Consorcio del Níger.

—¡Oh, qué sorpresa vas a darle! ¡Qué alegría tendrá! Oye, llaman a la puerta; ya está aquí.

La joven dejó a su padre y, corriendo, se dirigió hacia el salón.

En aquel mismo instante el mayordomo introducía al comandante Breval, magníficamente uniformado, en la habitación.

—¡Gracias a Dios, ya estás aquí! —dijo Daniela alargando ambas manos a su prometido.

El comandante se las estrechó efusivamente y contestó:

—Debes hablar en plural; ya estamos aquí. Esta tarde no he querido venir sin escolta.— Y al decir esto, Bourdais y Paron se adelantaron.

—Si no hubiera sido que nos ha-

traído a viva fuerza...—dijo Bourdais.

—No habría venido usted, ¿eh? Muy amable—dijo Daniela sonriendo amablemente.

—Habría venido mañana a saludarla... Me horrorizan las recepciones.

—Es un perfecto ermitaño—dijo Paron que mirando a Daniela se había olvidado de hablar.

—Cierto—agregó Breval.

—Y usted un Romeo.

—Pues Romeo les saluda y se lleva a Julieta—y diciendo esto, el comandante cogió a su novia del brazo y se dirigió a la sala contigua.

—Muy bien—dijo el doctor—; nos hemos quedado solos.

Apareció el señor Mourrier, el cual saludó cordialmente a los dos amigos.

—¿Qué tal? ¿También ustedes por París?

—Buenas tardes, señor ministro, aquí nos tiene usted.

—¿Serían capaces de guardar un secreto por poco tiempo?

—Naturalmente, señor Mourrier. ¿Verdad que sí, Paron?

—Pues no faltaría más—asintió el teniente.

—Ha sido ya creado el Consorcio del Níger—dijo satisfecho el ex ministro— No diga...

—Sí, sí, sí. Ahora mismo se lo

comunicaré a Breval y le presentaré a los principales miembros del consejo.

—¿Y se reunirán aquí esta tarde?
—preguntó Paron.

—Sí, hoy mismo. Oh, perdonen. Llegan mis amistades.—Y saludando a los que dejaba, el señor Mourrier fué a recibir a los que llegaban.

—Esperemos que la concurrencia no sea muy numerosa —dijo Bourdais.

—Solamente he invitado a los más íntimos—añadió el dueño de la casa.

Empezaron a llegar los invitados. No se trataba de una recepción muy numerosa, pero no faltaba una representación de la más rancia aristocracia francesa: diplomáticos, políticos y algún escritor de nombre, como tampoco faltaron los cronistas de sociedad de los principales rotativos. La llegada de Breval había sido publicada por la Prensa, así como su noviazgo con la hija de Mourrier, por lo que esta recepción era considerada como una de las más importantes de la temporada.

Bourdais paseaba de un salón a otro observando a los invitados; unos bailaban, otros se distraían hablando y mientras tanto, en el salón de actos que había improvisado el señor Mourrier, se estaba celebrando

el primer consejo del Consorcio del Níger.

Una elegante señorita se acercó al comandante doctor.

—¿El señor Bourdais?

—Sí, señorita—dijo sorprendido el médico.

—Soy Giselle Mirage, de la «Gaceta Femenina». ¿Quiere usted contestar algunas preguntas para nuestra revista?

—¡Pero, señorita, si yo no soy más que un soldado!...

—Ah, claro, sí. Empezaremos por la política: ¿qué le parece? ¿En qué partido milita? ¿Derecha o izquierda?

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Esto me recuerda cuando hacía la instrucción. Yo sólo milito en el Sudán; no me ocupo de política.

—¡Oh, delicioso, delicioso! Y dígame: ¿en qué se diferencian, según usted, las mujeres blancas de las negras?

—En el color de la piel.

—¡Oh! ¡Oh!

—Y en que las negras no serían capaces de ponerse esos sombreros que usan ustedes.

—¿Y por qué?

—Porque tienen cierto sentido de la estética.

—¡Qué gracioso!

—¿Y cuáles son sus artistas preferidos?

—Miguel Angel, Rafael, Velázquez, Rubens...

—No, no; no es esto. Me refiero a artistas de la pantalla. En concreto, le gusta a usted la Garbo o no?

—¿Garbo?

—Sí. Sin mentir.

—Si algún día la veo de cerca, procuraré fijarme para darle mi opinión.

—Ah, querido comandante. Veo que no está usted al corriente de las preocupaciones mundanas.

—Vuelva usted con su cuestionario dentro de un mes y ya verá los progresos que habré hecho.

—¿Usted cree?

—Sí, sí.

—De todos modos, muchas gracias.

—No hay de qué.

—Hasta luego, comandante.

—No hay de qué, señorita.

La cronista de salones no quedó muy satisfecha de su entrevista con uno de los personajes del Sudán y se dirigió a interrogar otros invitados para poder pergeñar una crónica que al día siguiente sería ávidamente leída por todos aquéllos, y eran muchos que no habían sido invitados. Como que el comandante Breval estaba celebrando la conferencia con los demás miembros del Consor-

cio del Níger. Daniela atendía a sus amistades con la gracia y simpatía tan naturales en ella. En un rincón del salón encontró al teniente, que no parecía divertirse mucho.

—¿Qué está usted haciendo aquí tan solo?

—Estoy observando a sus amigos.

—Que confío pronto lo serán de usted también.

—¡Ah, Daniela! Mis amigos están en el Sudán.

—Y en París.

—Perdone, no quise ofenderla.

—Yo siento un gran afecto hacia usted, Paron, y espero que sabrá corresponder a él.

—Daniela, ¿por qué me habla así?

—Porque he observado en usted cierta frialdad desde que me prometió con Breval, que creo no merecer.

Paron optó por fingirse indiferente y se echó a reír.

—Daniela, usted me juzga mal. No puedo medir el afecto que siente usted por mí; pero puedo asegurarle que es insignificante comparado con el aprecio y simpatía que usted me inspira.

El teniente habló con tanta seguridad, sin vacilación de ninguna clase, que logró convencer a Daniela, pues no era cosa de que ella se enterara que desde su noviazgo con

Breval se pasaba las noches sin dormir.

La sesión del Consorcio del Níger había llegado a su fin y el comandante, rebotando de satisfacción, se puso en pie y dijo:

—Señores, les doy las gracias por el apoyo que han decidido prestarme. Huelga decirles que haré todo lo que esté de en mi mano para merecer la confianza que en mí han depositado.

—Ahora, pues, señores — dijo Mourrier —, restituyamos al comandante a sus deberes sociales y privados.

Se levantó la sesión y todos los que allí estaban reunidos salieron hacia los salones, donde estaban sus familias bailando y divirtiéndose.

Breval fué de una habitación a otra en busca de Daniela y de Bourdais. Encontró a éste primero cómodamente sentado en un gran butacón y junto a él una mesita con dulces y vinos que estaba saboreando sin que nadie le molestara, ni la cronieta de salones.

—¡Ah, bribón! — dijo Breval —. Le estaba buscando.

—Siéntese aquí; coma algo.

—¿Sabe que tengo una gran noticia para comunicarle?

—Lo sé.

—¿Cómo es posible?

—Un pajarito me lo ha contado todo. ¿Han firmado el contrato?

—¿Y éste es el efecto que le produce?

—Yo demuestro mi alegría comiendo.

—¡Ah, bribón! ¿No comprende que la realización de este sueño es media vida para mí?

—Y la otra mitad el amor. Es necesario completar la vida.

—Pero todavía me queda lugar para la amistad.

—Estoy celoso como una solterona.

Breval no pudo menos que reír ante las muecas de Bourdais, mientras se lamentaba y comía.

—Y los celos son lo que me da valor para permanecer entre esta gente.

Bourdais señaló a los que bailaban.

—Luego dirán que se han divertido. ¡Infelices! ¿Qué le vamos a hacer! Deme un cigarrillo. El fumar ravorete la digestión.

El comandante Breval cogió un cigarrillo de un bote de madera que había sobre una mesita y lo ofreció a su amigo.

—¡Mira que dejar aquí el tabaco al alcance de todos! ¡Qué imprudentes! ¡Con las ganas que yo tenía de fumar!

—¡Si pudiera marcharme maña-

na llevándome a Daniela para siempre!—exclamó Breval—. Los ingenieros estarán allí dentro de tres meses y es indispensable que yo llegue antes que ellos.

Bourdais extendió ambas manos, como para dar a entender que su amigo estaba loco, y sin querer, el cigarrillo que llevaba en la izquierda tocó los dedos de Breval.

—Perdón.

—¿De qué?

—Le he quemado con el cigarrillo.

—¿Me ha quemado? No he sentido nada.

El doctor dejó el cigarrillo y cogió las manos de Breval. Uno de los dedos de la mano izquierda aparecía completamente rígido.

—Comandante, este dedo ¿siempre lo tiene tan rígido? ¿Sigue doliéndole el brazo?

—Sí; pero es reumatismo que se manifiesta de vez en cuando. No hay que hacerle demasiado caso.

La cara de Bourdais se había ensombrecido y seguía haciendo preguntas con aire indiferente; pero no era el mismo que minutos antes solicitara un cigarrillo para hacer una buena digestión.

—Sí; nefritis, intoxicación, infección de viejo colonial; pero no hay que olvidar que a nuestra edad las

arterias necesitan yodo, yodo y yodo.

—Ahora vamos a empezar grandes trabajos y no tengo tiempo para preocuparme de esas cosas.

—Breval, sería conveniente que nos viéramos mañana.

—¿Para qué? ¿Para hablar del Níger?

—No. Para reconocerle. Dentro de poco va usted a casarse. Creo que es mi deber de amigo y de doctor hacerle un examen en toda regla.

—¿De veras? ¿Habla en serio?

—Sí; ya hace algún tiempo que vengo observándole. Es necesario cuidarse, aunque sólo fuese por Daniela. ¡A su salud!

Bourdais levantó la copa y apuró su contenido.

En este instante apareció Daniela, que sin duda también iba en busca de su prometido.

—Creí que te habías marchado de nuevo al Sudán.

—¿Tan larga te ha parecido la sesión?

—La sesión hace un ratito que ha terminado; pero el doctor es quien te ha retenido hasta ahora. Ven, quiero presentarte a una buena amiga. ¿Me lo cede?

—¿Quién se atrevería a negarse?—dijo Bourdais puesto en pie.

—Hasta luego, y no coma más,

doctor, que tal vez será yo quien le visite a usted.

—No; ya he terminado.

Breval cogió a su novia del brazo y se perdieron entre los invitados.

Bourdais, al quedar solo, cambió por completo de expresión, tiró el cigarrillo con un gesto malhumorado y salió de la casa sin despedirse de nadie.

LA MUERTE EN VIDA

MIENTRAS los dos novios eran objeto de las felicitaciones y plácemes de sus amigos, el comandante médico preparaba su maletín de profesional para efectuar la visita que había anunciado a su amigo, a primera hora de la mañana. Durante la noche, no pegó ojo y esperaba ansioso que amaneciera para salir en busca de su gran amigo el comandante. La noche fué interminable, pero pasó al fin y Bourdais, poco después de las nueve de la mañana, se presentaba en el hotel donde se hospedaba Brevat.

Se dirigió al empleado que estaba en el mostrador y preguntó por Brevat, dando su nombre para que le anunciaran. Cambiaron algunas pa-

labras por teléfono que dieron este resultado:

—¿Habitación del comandante Brevat? El número 12, a la derecha.

—Muchas gracias.

El doctor se dirigió hacia el ascensor. Su aspecto era el de un hombre profundamente preocupado; pero antes de llamar a la habitación del comandante intentó sonreír para recobrar su aspecto normal.

—¡Buenos días, amigo Brevat!

El comandante llevaba un elegante batín tan distinto de todas las prendas que usaba en el Sudán, que al saludo de su amigo le contestó con esta pregunta:

—¿Qué le parece este batín?

—Tiene usted todo el aspecto de un notario.

—Yo me había figurado que le deslumbraría con mi elegancia...

—Celebro que esté de tan buen humor. Voy a reconocerle en seguida.

—¿A reconocerme?

—Sí, señor.

El doctor penetró en un salóncito contiguo a la habitación del comandante cuyas puertas estaban abiertas de par en par, lo cual le permitía seguir la conversación tranquilamente. Brevat le observaba mientras iba sacando utensilios del maletín y los colocaba encima una mesa.

—Esta maleta parece un arsenal. Supongo, doctor, que no va usted a hacerme pedazos.

—Por si acaso, no se descuide; todo podría ser.

—Hizo muy mal de marcharse ayer noche sin decir una palabra. Nos sirvieron una cena deliciosa. Habría usted disfrutado de lo lindo, viejo glotón.

Bourdais no contestaba. Seguía ordenando todo lo que había sacado del maletín: jeringuillas, varios frascos, algodón, una lamparilla de alcohol y cosas por el estilo.

—¿No me contesta, doctor, no me escucha?

—Sí que le escucho. Desnúdese, quiero ver su torso de Apolo.

—¿Mi torso?

—Sí—dijo el doctor secamente.

—Me está usted fastidiando con su aire profesional. Le desconozco. ¿Serán los aires de París?

—No; es el Sudán.

En aquel momento el comandante Brevat no pudo comprender el significado de las últimas palabras de su amigo. Un poco más tarde las comprendió claramente.

—¿Es usted aprensivo, Brevat? ¿Cómo está del paludismo?

—Ya no tengo nada.

—¿Continúa tomando quinina?

—Sí, doctor.

Brevat, habiéndose ya quitado el batín permanecía desnudo de medio cuerpo y dejaba que el doctor auscultara y picara a su gusto.

—Vamos a ver cómo está el hígado.

—Por favor, no me haga cosquillas. No puedo resistirlo.

—Quieto, quieto. Vamos, que no hay para tanto. Déjeme que le examine sin protestar y avíseme cuando sienta alguna molestia.

Bourdais, con mano dura de profesional, iba presionando la cintura del que él ya consideraba un enfermo.

—No me hace daño, Bourdais.

—¿Y el hazo? ¿Duele?

—No, no; tampoco.

—Bien, bien. Respire hondo.

El paciente hacía todo lo que el doctor mandaba, y éste, aunque que-

ría disimular, no lo lograba. Breval empezaba a impacientarse.

—Espere un momento; nos habíamos olvidado de la nefritis.

—Oh, eso es una vieja historia!

—Exacto. Precisamente por esto me interesa. No quiero que acabe usted sus días como un pingüino.

—Quien se está portando como un pingüino es usted, mi querido amigo. No hay derecho a fastidiar a un hombre como usted lo está haciendo.

—Espere un poco, espere un poco, que aun no he terminado.

—¿Qué diablos está tramando?

—Es por su bien; no se impaciente.

Bourdais llevaba una aguja larga en una mano que había procurado que no viera el comandante mientras examinaba la espalda minuciosamente.

—Haga el favor de no mirar lo que hago. Ya está. Vamos a ver: solamente avíseme si el hago daño.

El doctor iba pinchando la espalda con la aguja y preguntaba:

—¿Le duele aquí?

—No.

—¿Aquí?

—Tampoco.

—¿Aquí?

—¡Oh, sí! ¡No sea bárbaro!

—Haga el favor de extender la

mano. ¿No puede abrirla un poco más?

—No, Bourdais; no puedo.

—Bien. Ahora apriete mi mano con toda su fuerza.

Breval hacía todo lo que le mandaba el doctor y ya no tomaba a broma la consulta que él no había solicitado.

—Abra la mano, Breval. ¿Ve usted? Tiene una manchita en la espalda y siento curiosidad por saber lo que hay dentro.

Rápidamente pinchó el doctor el punto que le interesaba.

—Grite, si le parece; me causará un gran placer oír su voz.

—Por favor, Bourdais.

—Ya está. No necesito nada más.

—¿Puedo vestirme?

—No; échese el batín encima solamente.

El doctor se dirigió a la mesa donde había depositado todo su instrumental y analizó el punzón con que había pinchado la mancha en la espalda de su amigo. Mientras efectuaba esto, el comandante había regresado a su habitación para terminar de arreglarse.

Bourdais había quedado solo y con verdadera angustia llevaba a cabo su trabajo, temeroso ya del resultado.

—Ya me lo figuraba. No cabe duda. ¡Cochina suerte!—murmura-

ba en voz baja para que no le oyera su amigo.

Extrañado Breval de tanto silencio, preguntó desde su habitación:

—¿Y bien? ¿Qué está maquinando ahora? ¿Aun no ha terminado?

—Espere un momento; tengo que hablarle.

Muy pausadamente cruzó el doctor la puerta que conducía a la habitación del comandante, y parado ante él le puso una mano en la espalda y le dijo:

—Hace cinco años, sor Angelina, en la leprosería de Bamako, mientras estábamos curando a uno de los enfermos, acertó a tocarme. Tenía las manos frías, los dedos contraídos..., parálisis, en fin. El primer síntoma. Entonces le miré la mano detenidamente. Tenía una mancha en la palma de la mano. Traté de hacer una comprobación. Fui al laboratorio, preparé mis utensilios, observé al microscopio y descubrí los malditos segmentos.

Bourdais hizo una pausa. Breval ya no le miraba. Tenía los ojos fijos en el suelo, con la misma desesperación que un reo escucha la sentencia de muerte. Bourdais prosiguió:

—La pobre hermana me había seguido hasta el laboratorio; estaba blanca como sus faldas. No se atrevía a preguntarme nada y yo, no te-

nia valor para decirselo. Por fin le dije: «Haga la señal de la cruz». Ella exclamó muy bajito: «¿Leprosía?». Y luego, con la resignación de los mártires, añadió: «Cúmplase la voluntad del Señor».

—¡Leprosía! ¿Esto es lo que yo tengo?

—El Señor me ayudó y logré curarla.

—¿Está seguro de que no se equivoca?

—No sabe usted lo que daría por haber sufrido un error. Hace más de treinta años que estoy estudiando esta enfermedad y la conozco. Además, hace días que le vengo observando, que le vigilo.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Quería tener la certeza. La nefritis puede tener múltiples causas: el paludismo, una infección, un enfriamiento, en fin, no se puede diagnosticar a la ligera.

—¿Y sor Angelina?

—Sor Angelina tenía la mancha en la palma de la mano y en cambio usted la tiene en la espalda; pero del mismo modo que la curé a ella puedo curar a usted. ¿Dónde se habrá contagiado?

El comandante Breval estaba completamente aplanado. La noticia era demasiado trágica y de momento pareció indeciso.

—No lo sé. Tal vez durante el in-

cerdío, al salvar al viejo negro que estaba cubierto de pustulas.

—La lepra es como una carta anónima, que se recibe y nunca se sabe quién la ha mandado.

Durante esta última parte de la conversación, el médico había regresado a su mesita para preparar una inyección.

—Voy a empezar la cura. Venga, Breval.

—¡No! ¡Déjeme, Bourdais! ¡Márchese!

—Amigo mío, hay que tener valor. No puedo dejarle.

—Le suplico que me deje. Es la única cosa que le pido. Debe usted comprender lo que estoy sufriendo en estos momentos.

—¿Cree usted que no me hago cargo? Mientras yo preparaba mis cosas y usted se reía, a mí me ahogaba la pena. Breval, no tengo familia ni amigos. Es usted la persona por quien siento más afecto y he tenido que ser yo quien le diera semejante noticia.

—Lo habría sabido por otro, o yo mismo me habría dado cuenta.

—¿Y se imagina lo que hubiese sido tener ante sí una cara desconocida en un momento como éste? Piense que sufro tanto como usted, Breval.

—Dígame, doctor, ¿soy contagioso?

Bourdais vaciló un instante. Iba a asestar la última puñalada, pero era indispensable y preferible hablar claro.

—¡Terriblemente!

—¡Oh, Bourdais! — exclamó el comandante con un gesto desesperado.

—¡Animo! ¡Prepárese que voy a darle la primera inyección curativa!

—No, no vale la pena, Márchese, por favor. Necesito estar solo.

—Yo me quedo aquí. No debo dejarla.

—Le repito que quiero estar solo. No quiero ver a nadie. ¿Lo oye?

Las últimas palabras casi fueron un grito. El comandante ya había perdido el dominio de sí mismo y andaba alocadamente arriba y abajo de la habitación.

—No puedo abandonarle en momentos como éstos.

—¿Quiere usted marcharse? ¿Sí o no?

—Me marcharé, pero antes quiero darle una inyección. Voy a prepararla.

El doctor se dirigió a su mesita y al tiempo de volver la espalda, Breval, sigilosamente, penetró en el cuarto de baño y salió al corredor sin que el médico se diera cuenta. Cuando éste fué a su habitación la halló desocupada.

—¡Breval! ¿Dónde se ha metido

usted? ¡Breval! A ver si ahora empezará a hacer tonterías. Esto no es digno de un hombre como usted. ¡Breval!

Nadie contestaba a las voces del doctor y como que las dos habitaciones no eran muy grandes, pronto se convenció de que su paciente había huido aprovechando el momento en que estaba de espaldas.

Bourdais se desplomó en una butaca.

—¿Qué hago yo ahora? ¿Qué hago yo ahora? ¡No debí dejarle escapar! ¡No debí dejarle escapar!

El infortunado médico quedó allí sentado, repitiendo las mismas palabras sin saber qué partido tomar.

De hecho, en aquel momento, Breval había muerto para el mundo.

LA INUTIL ESPERA

EN el salón de los Mourrier se encuentra el teniente Paron charlando amablemente con el dueño de la casa. Daniela está también allí, pero no le interesa lo que hablan los dos amigos. Han dado ya las ocho y media sin que Breval comparciera y la cena estaba anunciada para las ocho. La impaciencia es grande y no puede por menos que interrumpir a su padre.

—Son las ocho y media, papá. No comprendo cómo el comandante no está aquí. Siempre es muy puntual.

—No te impacientes, hija; no puede tardar.

El mayordomo penetró en la sala y anunció que:

—Los señores están servidos.

—Voy a llamarle otra vez al ho-

tel. Me parece imposible que no esté allí.

Daniela llegó hasta donde estaba el aparato y con mano temblorosa marcó el número del hotel donde se hospedaba el comandante, número que sabía de memoria.

—¡Oiga! ¿Ha regresado el comandante Breval? ¿Todavía no? Gracias.

—Tal vez esté en el hotel con Bourdais—insinuó Paron.

—No lo creo — dijo el señor Mourrier—. El doctor tenía hoy mucho qué hacer.

—Llame usted por favor, Paron—suplicó Daniela.

El teniente hizo lo que la joven le mandaba.

—Con el comandante médico Bourdais, haga el favor, Oiga, soy Paron. ¿Qué tal? Hablo desde casa

del señor Mourrier. ¿Está Breval con usted? Le esperamos aquí para cenar y no ha llegado todavía. ¿Sabe usted dónde está? ¿No? ¿No sabe usted nada? ¿Está usted bien, amigo Bourdais? Tiene usted una voz muy extraña. ¡Oh, perdón! Buenas noches.

Colgó el aparato el teniente y, más preocupado que antes de telefonar, se dirigió a sus amigos:

—Bourdais dice que no sabe absolutamente nada, que no le ha visto.

—¿Que no le ha visto hoy? ¿Que no sabe nada?—exclamó Daniela—. Todo esto me parece muy extraño. ¡Dios mío, Dios mío!

—Vamos, hija mía, no te pongas así. Todo tiene su explicación y esto también la tendrá.

Los tres personajes que pocos minutos antes se disponían a pasar una alegre velada, quedaron en silencio y aunque no querían reconocerlo ni a sí mismos, presentían algo grave.

El teléfono de la habitación del comandante Bourdais llamó otra vez. El doctor lo cogió ansiosamente.

—Sí, soy Bourdais. ¡Ah! ¿Es Breval? ¿Dónde está?

—No importa dónde estoy—contestó la voz al otro extremo de la línea—. He decidido ausentarme.

No, no, le ruego que no empiece otra vez. Me conoce de sobras para saber que es inútil que insista. Oiga, he escrito dos cartas. Ya las he mandado. Deben ya haber llegado a su destino. Una es para Daniela diciéndole adiós; la otra, para el general, presentándole la dimisión.

—Breval, estoy seguro, seguro de que puedo curarlo.

—No lo creo. Por otra parte, no es éste el problema. Renuncio a Daniela porque es mi deber de hombre honrado. No puedo, no quiero que ella sepa jamás lo que me ocurre. Que no se entere de esto. ¿Me comprende? Sólo el pensarlo me horroriza. No se lo diga nunca. Jamás, jamás, Bourdais. ¿Cuento con su palabra?

—Sí, le doy mi palabra. ¿Pero, qué le ha dicho al general? ¿Qué pensará de semejante proceder?

—No creerá que falto a mi deber, porque usted irá a verle y a él, solamente a él, se lo contará todo. Esto es lo que deseo. Y ahora, adiós. Procure que Daniela no dude demasiado de mí, ni Páron tampoco, si es que esto es posible.

—Pues claro que sí. Oiga Breval. Tengo que hacerlo una recomendación: cuando se decida a curarse, no se ponga en manos del primer médico que encuentre. Hágame caso. Dejémonos de falsa modestia. Yo no

soy un médico cualquiera en esta especialidad y sé que podré curarla. Dígame al menos dónde piensa marcharse. ¡Oiga! ¡Oiga!

No se oía nada. Breval había colgado el aparato y el pobre doctor no había logrado convencer a su amigo.

La pena y la angustia de Daniela eran tanto más grandes que la de Bourdais, con el agravante que éste sabía lo que ocurría, mientras ella se hallaba sumida en un mar de dudas.

—Ten valor, hija mía, ten valor —aconsejaba el padre, tan apurado como ella a estas alturas.

—Forzosamente ha de haberle ocurrido un accidente.

Sonó un timbre y el criado salió a abrir la puerta.

—¡Ya está aquí! —gritó la joven.

Entró el criado con una bandeja de plata en la que se veía una carta.

—Es para la señorita —dijo el mayordomo sin traicionar la ansiedad que también sentía por la tragedia que pesaba sobre sus señores.

Daniela rasgó el sobre sin pedir disculpas alguna a nadie y empezó a leer en voz alta:

—«...ineludible necesidad...» No puedo leer más. Por favor, Paron, léala usted... ¡Dios mío!...

Paron tomó la carta en sus ma-

nos y con bastante nerviosidad leyó las siguientes palabras:

—«Daniela: Un hecho imprevisto, que no puedo revelarte, me obliga a alejarme de ti para siempre. Piensa que cedo a una ineludible necesidad. Olvidame y si es posible, perdóname el mal que te hago. Yo sufro tanto como tú. ¡Te amo tanto!...» —Pedro Breval.»

—Papá, ¿es posible?

Ni el señor Mourrier ni el teniente hallaban palabras para consolar a Daniela, ni siquiera una explicación ante el comportamiento de Breval; pero los tres, sin decirlo, admitían que los motivos del comandante debían ser justificados.

En cuanto le fué posible, Paron se dirigió al hotel que se hospedaba Bourdais. Era muy tarde, pero no era cuestión de acostarse con la duda en el corazón, tanto más cuanto el teniente estaba seguro de que el médico sabía alguna cosa relacionada con aquel misterio.

—¿Molesto, mi comandante?

—¡Ah! ¿Es usted, Paron? Pase.

—He supuesto que no se habría acostado todavía y he venido a hacerle un poco de compañía.

—Está bien. Siéntese.

—¿Alguna noticia?

—No tendremos ninguna noticia jamás, jamás, Paron.

—Pero ¿es posible?

—Desgraciadamente, demasiado cierto.

—Hábleme con confianza, Bourdais; ¿no sabe usted nada?

—Pienso que estoy tan apenado como está usted.

—¿Y qué es lo que piensa hacer ahora?

—Marcharme. Regresar al Sudán cuanto antes y trabajar con el fin de olvidar en lo posible esta tragedia.

—Este misterio, querrá decir.

—Esto es, un misterio. Estaré muy solo en el Sudán. ¿Usted se quedará en Senlis, verdad?

—Me parece que tendré que hacerlo. Debo estar algún tiempo en observación por aquel principio de asfixia que sufrí durante el incendio.

—¡Maldito incendio! Ya ve usted: ya estamos separados los tres amigos.

—Sí, es verdad.

—Dispersos.

—¡Y tan bien hermanados como estábamos!

—Sí. Pero usted es joven todavía, muy joven y encontrará otros amigos, un amor. Yo, en cambio, no encontraré otra amistad como aquella, una amistad fraternal.

—Sí, verdaderamente fraternal. Yo no me atrevo a ofrecerle la mía, pero de todos modos, mi comandante, cuente usted conmigo.

—¡Oh, mi querido Paron! ¡Claro que le considero a usted mi mejor amigo, y desde ahora, si quiere, nos tutearemos!

Los dos amigos se abrazaron, reafirmando una amistad que ya existía de tiempo, pero en realidad el abrazo fué una despedida, porque el comandante Bourdais partió pocos días después hacia el Sudán.

LA OBRA GIGANTE

CONTEMPLAR el paisaje del Níger desde el mismo punto donde tres años atrás lo contemplaron los Mourrier, Breval y sus amigos y contemplarlo hoy, sorprende y emociona. Tres años atrás, aquello era un bosque lleno de hienas y panteras. Actualmente trabajan allí más de cuatro mil operarios. Andamios, vagonetas, pozos, canales, tierras removidas, todo lo que delata una obra gigante, la magna empresa que había concebido Breval.

Bourdais había regresado al Sudán y a pesar de la desaparición de Breval, como que los planos estaban en poder del Consorcio del Níger, se llevó la obra adelante y se aceptó la asesoría de Bourdais, quien por

haber sido el gran amigo del ausente conocía infinidad de detalles que éste incluiría en las obras y era además gran conocedor del país. Todos los días el doctor cambiaba impresiones con el ingeniero civil que dirigía la empresa y ambos la estaban llevando a feliz término.

—Quinientas mil toneladas de asfalto ya es una cosa seria—dijo un día Bourdais al ingeniero.

—Buenos días, comandante.

—Buenos días. Y esto que sólo estamos empezando. No lo hemos hecho perder el tiempo, señor ingeniero, ¿verdad?

—Probablemente le sorprenderá, mi comandante, oír por primera vez cómo un técnico civil reconoce la autoridad de un militar profano en

esta materia. Sin usted, señor Bourdais, habríamos perdido un año por lo menos.

—Pero el éxito se debe al trabajo de todos. Con fe y comprensión, se llega a todas partes. Estoy convencido de esto. Yo no hago ninguna propaganda ni siento ninguna vanidad. Soy un soldado. Breval era mi gran amigo, me explicó todos sus planes y me los sé de memoria.

—La verdad es que está usted apasionado por esta empresa.

—¡Apasionado! Los soldados coloniales tenemos la virtud de la paciencia; es lo que más se nos exige. En cuanto a lo de la presa, lo hago por amistad y en recuerdo de Breval. De otro modo, el tiempo se me habría hecho interminable. Hace tres años que vinieron de París unos amigos, padre e hija; los Mourrier. Visitamos estos lugares, el meandro del Níger, el emplazamiento del canal. También estaba con nosotros el teniente Paron.

—¿El teniente se quedó en Francia?

—Sí, en Senlis. Cuando le dieron de alta le retuvieron allí y después ascendió a capitán. Se casó con Daniela Mourrier y creo que es feliz. De vez en cuando nos escribimos.

—Y del comandante Breval, ¿no se ha sabido nunca nada?

—¡Nunca!

El ingeniero no observó cierta nerviosidad en el doctor cuando aquél preguntó por Breval, y como la conversación ya se había prolongado bastante, Bourdais se retiró con la excusa de que tenía que visitar a sus enfermos.

La figura de un targui, un indígena del Sudán, completamente vestido de negro, incluso con la cabeza tapada, dejando tan sólo los ojos descubiertos, era familiar a todos los que trabajaban en las obras. Habituado a una pobre cabaña y se le suponía enfermo porque sólo recibía la visita del doctor. Se le veía recorrer todo el emplazamiento de la empresa y se sabía que, en pequeña escala, también trabajaba allí, pero nadie se ocupaba de él, porque tampoco él se ocupaba de nadie.

Cuando Bourdais salió del despacho del ingeniero marchó directamente hacia la cabaña del targui. Cuando entró, su ocupante estaba de espaldas.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —respondió el indígena con acento perfecto; y volvió el rostro hacia su interlocutor. Era Breval.

—¿Cómo se encuentra?

—Como siempre; gracias.

—¿No ha producido ninguna reacción la nueva serie de inyecciones?

—Muy poca; gracias.

El tono de voz del comandante Breval era el de un hombre desengañado, por no decir desesperado.

—Más vale así—dijo Bourdais—Tengo una gran fe en este tratamiento.

—En cambio, yo...

—Usted no es médico y no cree en la eficacia de las medicinas.

—Sí, creo, viejo hechicero. No he empeorado, pero ya han pasado más de tres años.

—Yo sólo le pido que no se entregue a la desesperación y que tenga confianza en mí. Usted dice con aire abatido que han transcurrido tres años y yo le respondo que estamos llegando al final del tratamiento y que no tardaremos en conocer el resultado.

—Está bien. Si no le importa, hablemos de otra cosa.

—Como usted quiera.

—Me molesta hablar de mi enfermedad.

—Lo comprendo; pero se acerca el día en que no se arrepentirá de haberse puesto en mis manos.

—Como si alguna vez me hubiese lamentado, viejo loco.

—Tardó demasiado en decidirse. Si hubiese venido inmediatamente, ni usted habría tenido que soportar este doloroso tratamiento ni yo habría sufrido tanto. No tuve un mo-

mento de reposo hasta el día en que se decidió a comparecer.

—Fue un impulso más fuerte que mi voluntad. No pude resistirlo.

—Ya lo sé. No volvió por mí ni por usted, sino por el proyecto. ¿Marcha a su gusto? ¿Está satisfecho?

—¡Sí, mucho! Puedo mirar desde lejos, como un peón cualquiera, cómo trabajan los demás. ¿Cómo quiere usted que esté satisfecho?

—Está muy mordaz esta tarde. ¿Quien dirige las obras de una manera oculta? ¡Usted! Se hace todo lo que manda, yo no soy más que un intermediario, un humilde mensajero.

—Tiene razón; perdóneme, doctor. ¿Trae algún trabajo?

—Sí; he venido a recoger órdenes para mañana.

—Muy bien. Veamos—dijo Breval mientras desarrollaba los planos que había traído el doctor.

Ambos miraron en los papeles, mientras Bourdais señalaba uno y otro punto.

—Es asombroso—dijo Breval—; marchamos a pasos agigantados.

Bourdais escuchaba sonriente.

—¿Ya procura usted que el Consejo esté siempre al corriente de todo, supongo?

—He mandado ya el informe de

la quincena. Informé también a Paron. Ayer mismo le escribí.

—¡Ah! ¿Tienes noticias suyas?

—Sí.

—¿Y de ella también? ¿Dónde se encuentran?

—En Senlis. No creo que de momento le trasladen a otra guarnición; y le compadezco. Senlis no es muy divertido. En cuanto a la po-

bre Daniela, ¿qué iba a hacer? Estaba desesperada y él enamorado de ella desde que la conoció aquí. Se portó bien con ella, le ofreció consuelo y se casaron; creo que son felices.

Breval permanecía inmóvil escuchando las palabras del doctor, mucho más dolorosas que las inyecciones que él mismo le administraba.

AFRICA NO SE PUEDE OLVIDAR

EN la gris y soñolienta ciudad de Senlis, junto al río Oise, vive el hoy ya capitán Paron acompañado de Daniela, joven y bonita como lo era cuatro años atrás, pero con un aire triste que no la ha abandonado desde la desaparición de Breval. La encontramos sentada en un diván observando la lluvia, lluvia que en Senlis dura días y días. Sus ojos, que conservan aún el recuerdo del sol abrasador del Africa, se cierran para imaginarse en el desierto, sobre las arenas candantes, pero los abre y sólo ve cómo cae una lluvia fina, seguida, inagotable...

Una ligera llamada y se abre la puerta. Es su marido.

—Mira, Daniela: una carta de Bourdais.

—¡Qué alegría! ¿Qué es lo que dice?

—Que los primeros trabajos han dado un magnífico resultado, que el rendimiento de las tierras regadas supera todos los cálculos y que a principios de otoño, el conjunto de obras estará terminado.

—¡Admirable! Ya entiendo; y aparte de esto, ¿no hay ninguna otra noticia?

—¿Otras cartas? Sí; lo de siempre: cartas sin ningún interés, invitaciones, oficios; en resumen, lo de siempre: los pasatiempos de la vida de guarnición en provincias.

—¡Qué cosas dices! Parece que ya no te gusta tu carrera.

—Sí, sí; pero...

—Elegiste esta profesión no pen-

sando en residir en Senlis, precisamente.

—Supongo que acabaré por acostumbrarme.

—Me parece que no has hecho mucho para acostumbrarte desde que estamos aquí.

—Es verdad. Soy un viejo enamorado de África, e incluso para ti esta vida, viniendo de París...

—Estoy convencida de que Bourdais tiene razón y seguramente nos compadecería si nos viera hoy sumidos en este ambiente húmedo y gris. ¡Siempre lloviendo!

—¡Cómo! ¿Es que también sientes la nostalgia del África?

—Lo mismo que tú. Desde que rechazaste la oferta que te hicieron de trasladarte allí, no has dejado de lamentarlo ni un solo día.

—Sí, es verdad. Solo tú puedes comprenderlo. Tú que has comprendido la belleza de aquel país.

—¿Te imaginas la sorpresa de Bourdais si un día nos presentáramos allí?

La consecuencia de esta conversación fué que Paron solicitó un destino al Sudán y pocos meses después lo conseguía, marchando acompañado de su esposa hacia las ardientes tierras africanas que tanto les atraían. No dieron cuenta a Bourdais ni a nadie de su viaje, para

cogerle de sorpresa, creyendo que le darían una gran alegría.

Desde que se habían iniciado las obras, aquel destacamento militar había adquirido gran importancia y donde cuatro años atrás, no existían más que chozas y los bungalows de los oficiales, hoy habían hoteles que, si bien no rivalizaban con los de París, eran muy habitables. Instalado el matrimonio en el hotel, Paron se dirigió inmediatamente en busca de Bourdais y después de haber recorrido varios sitios, donde creyó encontrarle, le informaron que se hallaba en una cabaña visitando a un targui enfermo. Allí corrió Paron acompañado de Daniela y al oír pasos, el doctor salió a su encuentro. Los dos recién llegados no pudieron ver quien había allí dentro ni les importaba.

El doctor quedó desconcertado al encontrarse cara a cara con las dos únicas personas que no deseaba estuvieran en el Sudán.

—¡Oh! ¿es posible? Yo les creía a ustedes en Senlis.

—¿Es esto todo lo que se le ocurre decirnos?

—¿Les parecen bien esto de presentarse sin avisar? Yo lo encuentro idiota.

Era costumbre de Bourdais tomar todas las cosas a broma, pero era evidente que la llegada de los Pa-

ron lo había contrariado y no era de extrañar. El conflicto se presentaría tarde o temprano.

—¿Por qué le parece idiota?— preguntó Paron.

—Porque podría haber estado ausente, y entonces ¿qué habría hecho?

—Siempre has de estar gruñendo; a lo menos dame la mano en señal de vieja amistad.

—Con mucho gusto—dijo Bourdais; y empezó a sonreír.

Ya se habían alejado de la cabina y se podía respirar más tranquilamente.

—No ha cambiado usted—dijo Daniela.

—Mira—dijo Paron— voy a explicártelo todo, Daniela y yo no podíamos resistir el deseo de volver al Sudán. Cursé una solicitud sin mucha confianza en que me concedieran el traslado. Figúrate nuestra alegría cuando llegó la orden. Inmediatamente tomamos el avión, y aquí nos tienes.

—Teníamos muchas ganas de volver a verle, comandante—dijo Daniela.

—¿De volver a verme a mí? Sois un par de curiosos; lo que os interesa es ver la presa.

—Dime: ¿no podrías llevarnos allí?

—Ya sabes el camino; presen-

te cuando quieras al director. Ya te conoce.

—¿Me conoce?

—Le han hablado de ti; ya sabe el punto que eres.

—Gracias a Dios que recobras el buen humor. Adiós, pues; nos vamos a visitar la presa. Ahora ya nos veremos constantemente, como antes.

—No; no será como antes—dijo Bourdais.

Daniela le comprendió inmediatamente y se alejó del brazo de su marido para ir a visitar las obras.

Un ingeniero se puso a las órdenes de los Paron y les acompañó para explicarles todos los detalles de la empresa. La visita duró mucho rato, horas. Y cuando se disponían a marchar, todavía quiso Paron visitar las oficinas. Daniela, algo fatigada, prefirió esperar fuera y fijando su mirada en un andamio vió un targui completamente envuelto en sus ropas negras que la miró insistentemente. Ésta sintió una rara impresión que no pudo disimular. Su marido, al reunirse con ella, le preguntó qué le ocurría, si se había asustado, a lo que ella contestó que estaba cansada y deseaba retirarse.

Algunos días después, el matrimonio Paron se había instalado en un bungalow y Daniela aparentaba estar tranquila y ocuparse de los

quehaceres de su hogar, pero los ojos de aquel targui la perseguían por todas partes. Preguntó a su criado indígena si sabía dónde habitaba el targui y fácil fué encontrar la cabaña. Breval se encontraba allí y llevaba la cabeza descubierta cuando Daniela penetró en la extraña vivienda.

—¡Breval! ¡Eres tú! ¡No me había equivocado! ¿No quieres darme la mano? Tranquilízate; no vengo a echarte en cara tu acción. Soy una mujer muy distinta de la muchacha que conociste.

—¡Déjame, te lo suplico!

—¿Por qué te marchaste? Lloré por ti como si hubieras muerto.

—Soy poco más que un muerto. Abre aquel cofre; haz lo que te digo.

Daniela hizo lo que le mandaban; vió unos frascos y se quedó mirándole. No comprendía muy bien, pero adivinaba algo.

—Bourdais descubrió mi enfermedad en París, recién formalizado nuestro compromiso. Yo no quería que tú lo supieras jamás.

—¡Pero yo te habría cuidado, te habría consolado!

—Precisamente esto es lo que yo no quería. Te amaba demasiado.

—¡Oh, mi pobre Breval!

—¡Perdóname!

—¿Y qué ha sido de ti durante todo este tiempo?

—¿Eso qué importa? Un día sentí el deseo de volver para dedicarme de lleno a esas obras que hoy son la única razón de mi vida. Me disfrazé de targui y así he podido trabajar en la sombra.

—Pero Bourdais te curará...

—Así me lo ha prometido, pero yo no lo creo.

—Yo te curaré, conseguiré el milagro de curarte.

—No te pido milagros; sólo te pido una caridad, que me dejes solo, solo. Yo no puedo vivir más que en la soledad.

—¡Mi único amor!

—¡Márchate!

Daniela salió desconsolada de la cabaña. Entre las muchas cosas que había pensado, cuando la desaparición de Breval, nunca se le había ocurrido semejante desgracia y ahora, de nuevo en África, le extrañaba cómo no había atinado en ello. Recordaba que él no le había dejado visitar el hospital. «Es muy deprimente», había dicho. ¿Cómo había de haber sufrido el pobre comandante?

Pocos días después de la visita de Daniela a la cabaña, visita y descubrimiento que no había revelado a nadie, su marido se dirigió al hospital para hablar con Bourdais.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Y tu esposa?

—Precisamente quería hablarle de ella. Encuentro que está muy abstraída, nerviosa, y cuando le pregunto qué le ocurre, le falta poco para mandarme a paseo.

—Amigo Paron, has sido un poco imprudente al traer a Daniela de nuevo al Sudán. Te expones a despertar en ella un recuerdo, a abrir de nuevo una antigua herida.

—Yo no tengo la pretensión de que Daniela olvide por completo a Brevai; pero ¿crees que este recuerdo es más peligroso aquí que en otra parte?

—¿Quién puede saber lo que esconde un cerebro femenino?

—Daniela no tiene secretos para mí. La quiero y me quiere, pero desde hace algunos días observo algo raro en ella.

Un indígena penetró en el despacho del doctor.

—¿Qué quieres?

—El targui pregunta por usted, mi comandante.

—¿El targui? Dile que espere, ya le llamaré.

—Recíbela. Por mí no te preocupes, y para ti no creo que mi presencia sea un estorbo.

—Amigo Paron, una consulta es siempre confidencial.

—¿No es un indígena?

—No hago distinciones. Para mí, todos los enfermos son iguales.

—Sí; pero cuando el testigo es un oficial... Yo me figuraba que no andabais con tantos remilgos en el Sudán.

—En el Sudán y fuera del Sudán, yo sé cuál es mi deber. Con que ya te estás marchando. Lárgate.

—Bueno, no te enfades; no hay para tanto.

—Más tarde acabaremos esta conversación. Por esta puerta; por ésta otra entran las visitas. Adiós, hasta la vista.

En cuanto salió Paron del despacho de Bourdais corrió hacia la otra puerta y llamó al targui.

—¿Qué sucede? He recibido su recado.

—Le había prometido una cosa y hoy tengo la satisfacción de cumplir mi palabra. Tiene una sangre magnífica, con una proporción globular impecable. Míreme a la cara: ¿está curado?

—¿Qué dice?

La cara de Brevai era hoy tan angustiosa como lo fué aquel día en París cuando su amigo le comunicó que era leproso. ¿De qué le servía hoy recuperar la salud si no podía recuperar el amor de Daniela?

—Sí; escúcheme. Cuando le di la mala noticia me rechazó gritando como un energúmeno. No vaya a

hacer lo mismo cuando le digo que está curado. Tome, éste es el análisis indiscutible.

—Por favor, Bourdais, usted sabe que yo le creo. Dígame la verdad: ¿estoy curado de veras?

—Hace dos meses que estoy convencido de su curación, pero he esperado todo este tiempo para tener la completa seguridad.

—¿No es posible!

—No se vaya a desmayar, Brevai.

—No tema; no soy una señorita.

—Hermana — dijo Bourdais saliendo al corredor —, una copa de ron.

—Para mí, no.

—Muy bien, hermana; traiga dos copas, yo también la necesito. Ya puede beber, hombre; no se preocupe.

—¡Ah, sí! Volveré a ser un hombre como los demás.

—Para mí el mejor de todos.

—Querido Bourdais, es usted un hombre admirable y con un corazón inmenso. Yo no sé cómo expresarle la alegría que siento, cómo agradecerle lo que ha hecho por mí hasta conseguir mi curación. Es usted un brujo.

—Debe salir a airearse; el ron se le ha subido a la cabeza. Vamos, le acompañaré hasta la puerta de la cabaña.

El doctor dejó a su paciente y al

penetrar Brevai en la choza vio allí a Daniela.

—¿Daniela? ¿Tú aquí?

—Sí; no debí de haber venido...

—Has hecho bien en venir, así serás la primera en saber, la primera a quien pueda decirlo, gritarlo, que estoy curado...

—¡Oh!

—Sí, curado; Bourdais acaba de decírmelo y no hay duda posible. ¿Estoy curado, curado!

—¡Oh, Brevai! Ves cómo no debías haberte desesperado.

—Es verdad. Nunca hay que desesperar. Ah, Daniela; ahora por fin podré vivir... ¡vivir!... ¿No comprendes? Ya no tendré que avergonzarme de mi cuerpo. Puedo trabajar, puedo reír, puedo cantar.

La figura de un oficial apareció en la puerta de la cabaña. Era Paron.

—¡Comandante Brevai! — gritó asombrado.

—Sí, soy yo, Paron.

—¿Ha vuelto para arrebatármela?

—No, Paron, no.

—Sí; usted me la quitará; lo advino, lo temo.

La angustia de Paron era patética. Los otros dos no atinaban a pronunciar palabra y el pobre joven miraba de uno a otro sin dar crédito a lo que veía. Un resucitado, y junto a él, Daniela, su gran amor.

—Brevai, no me la quite; yo no

podría vivir sin ella y si ahora se alejara de mí, ya no me quedaría nada. Lo habría perdido todo.

—Escucha—dijo Daniela—, déjame explicarte.

—No, no digas nada: todo está terriblemente claro.

—No, amigo mío, no está tan claro como usted supone. Soy leproso.

—¿Cómo?

—Eso no es verdad, ya está curado—interrumpió Daniela.

—¿Es cierto lo que ha dicho?

—Es la verdad.

—No lo creas, miente. Está curado.

—Daniela, yo nunca curaré.

—Bourdeis me dirá la verdad—y sin proferir más palabras, Paron abandonó la cabaña con una terrible incertidumbre en su corazón.

—¿Por qué le has dicho esto, Breval?—preguntó Daniela.

—Porque no tenemos derecho a hacerle tanto daño. Te quiero, es tu marido.

Cuando Daniela regresó a su casa, Paron ya estaba allí.

—Quisiera poder explicarte...

—¿De qué sirven las explicaciones? He hablado con Bourdeis y me ha asegurado que está sano. ¡Dios mío, qué situación más difícil!

—No temas, no puedo portarme

mal contigo. Es tan grande mi agradecimiento por lo bueno que has sido conmigo, que nunca podría abandonarte, ni semejante pensamiento ha cruzado mi imaginación.

Antes de que Paron pudiera contestar entraron varios indígenas en la casa.

—¿Qué ocurre?

—Varias piraguas con negros se dirigen a la presa. Su actitud es amenazadora. Hay que acudir allí inmediatamente.

—¿Pero a qué obedece esto?

—Alguien ha convencido a los negros de que la presa inundará sus terrenos y se ahogarán. Van dispuestos a destruirlo todo.

Paron no quiso saber más y colocándose el revolver al cinto salió corriendo hacia las obras.

La cantidad de negros amotinados era imponente y su actitud asustaba. Todos los oficiales y soldados estaban en su sitio; pero los negros no atendían a nadie. Empezaron a destruir sin piedad obras de meses y años sin hacer el menor caso a la fuerza que quería evitarlo porque ellos eran superiores en cantidad y al paso que llevaban pronto quedarían destruidas las presas. ¿No habría quién pudiera detener aquellas fieras ignorantes?

En lo alto de un andamio que dominaba todo apareció el comandante Brevat uniformado. Con sólo su presencia se impuso. Reinó el silencio y pudo dirigirles la palabra en su dialecto. Le escucharon y lo convenció. Pero una mano alevosa, perteneciente al que sin duda había soliviantado a los negros, hizo un

disparo a traición. Brevat se sintió herido.

Todos los oficiales corrieron hacia él.

—Comandante, ¿está usted herido?—preguntó el Ingeniero de las obras que fué el primero en llegar a su lado.

Brevat ya no pudo contestar.

EL ENTIERRO DE UN GRAN HOMBRE

ANTES de bajar a la fosa el cuerpo del que había consagrado toda su vida al Africa, su entrañable amigo, comandante Bourdais, quiso despedirse de él ante todo el inmenso gentío que había acudido al entierro. Profundamente emocionado, el doctor pronunció estas palabras:

—Comandante Brevat: Tú nunca te vanagloriaste de tu obra admira-

ble, por lo que tampoco yo ahora hablaré de ella. No habrías querido lágrimas ni lamentos. Tú sabías que todo hombre que combate la ignorancia y el error, sacrifica el bienestar y arriesga la vida. Aquí has vivido, aquí has muerto; aquí descansarás, en tierras africanas. Uno más, un gran soldado, un hombre justo. ¡Descanse en paz!

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la fiada	C. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mama se casa	Lil Dagover
Melodio de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vueltas de Arsenio Lupin	Warren William
Maestro Florentino	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultado en vida	A. Nazari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detectivo y compañeros	Zasu Pitts
Sobrita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pumpadour	Kate de Nogi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodia rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido en memoria	Ann Southern
Maria Mona	Paula Wessely
Postada Jamaina	Charles Laughton
El caso Vero	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Helma Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falta	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arias
Wincencito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	J. Argentine
Éran tres hermanas	Lulista Gargallo
Bahonios	Emilia Allaga
Melodía de arrabal	J. Argentine
Deco Floripondia	C. Gardel
En busca de una canción	Valentino León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rosa	Miguel Ligero
Martingala	Juan de Orduña
Óptimo teatro	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu-	Celia Canez
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lin?	Maruja Tomás
Alas de paz	Luis de Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los	Sabú
elefantes	M. Radgrave
Tú cambiarás de vida	C. Barchon
Los dos niños de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Cary Grant
La última avanzada	Mickey Rooney
Vacaciones juvas Nuevay	Greta Garbo y
Margarita Gautier	Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica inapostable	Danielle Darrieux
Dañe manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expres	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pilotes	Jacques Tawili
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Ciudad con la d. haces	Michael Radgrat
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlota Gardel
El signo de la Cruz	Ella Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred Bartholomz
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusado	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	J. Argentine
El libro secreto	L. Gargallo
La Doloresa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo	Los
de Argón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lino Yegros
Rumbo al Cielo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terul
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Montori
Verduna	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de ensaño	Amadeo Nazzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espiño	Gracia de Triana

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Melvyn Douglas	Antonio Vico	

Pedidos a: EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Alta)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDIEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
HITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDIEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orque-
sta (Agotado)
JALME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

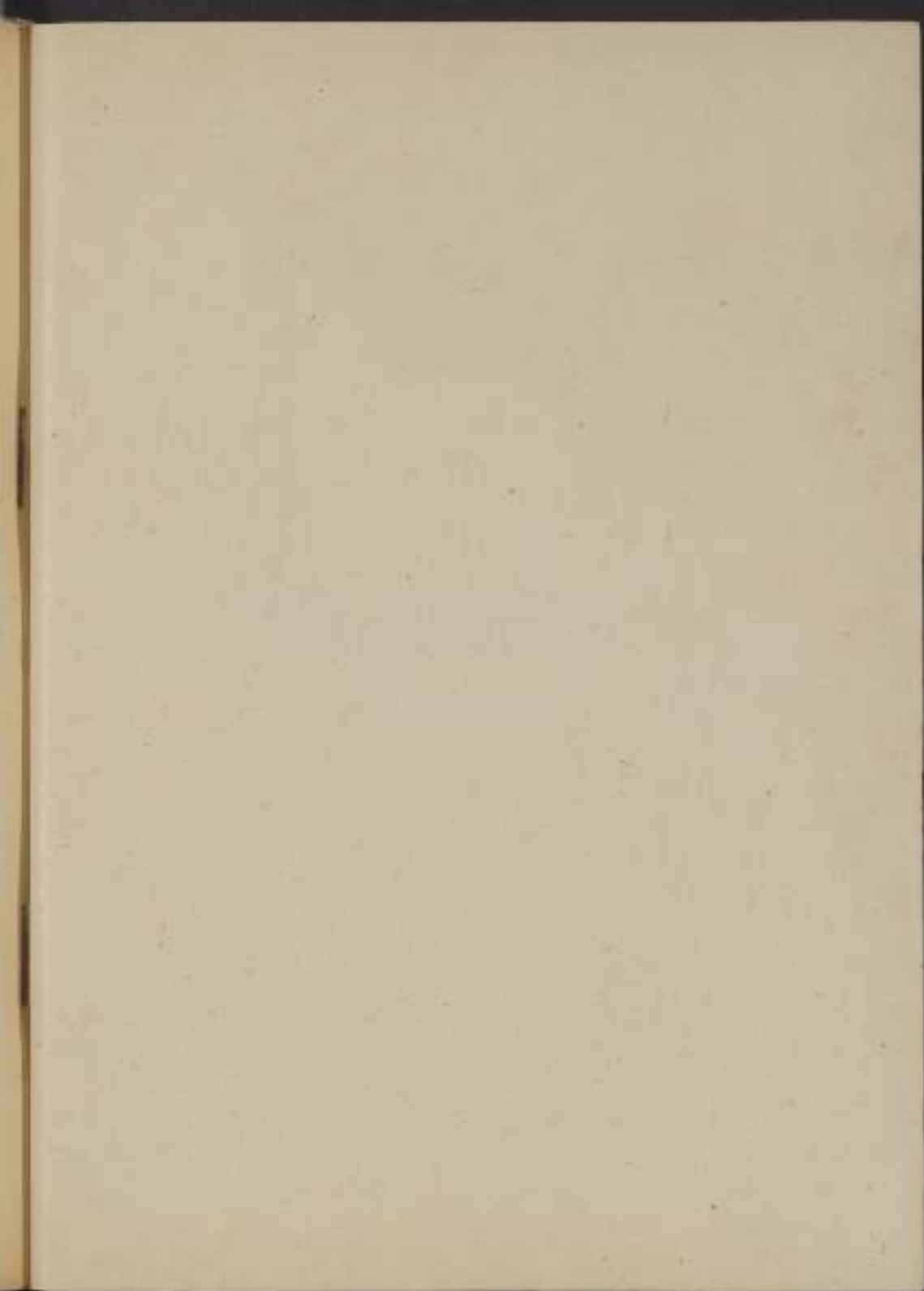
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLOBENS - MEJCANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA

Pedidos a

Editorial ALAS

Apertado 287

BRUCELOXX





2'50 ptas.



IMPRESA EDITORIAL
MEXICO, D.F.